

Viendo a Cristo en el Nuevo Testamento

Stephen Kaung

INDICE

El Evangelio según Mateo

Viendo a Cristo como nuestro Rey 3

El Evangelio según Marcos

Viendo a Cristo como el Siervo de Dios 16

El Evangelio según Lucas

Viendo a Cristo como el Hijo del Hombre 29

El Evangelio según Juan

Viendo a Cristo como el Hijo de Dios 40

Viendo a Cristo en el Nuevo Testamento

Stephen Kaung

El Evangelio según Mateo

Viendo a Cristo como nuestro Rey

Lecturas: Mateo 1:1; 5:3; 11:12; 28:18-20.

Los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento son libros históricos. Y aunque ellos narran la historia de la vida de nuestro Señor Jesús, el propósito de Dios no es sólo que conozcamos la historia, sino que realmente veamos a Jesús – «a fin de conocerle». Ese es el propósito de la Palabra de Dios.

Hablando cronológicamente, Mateo no fue el primer evangelio en ser escrito. La mayoría de los comentaristas concuerda en que el primer evangelio escrito fue Marcos; sin embargo, de acuerdo con la soberanía de Dios (y creemos que hay soberanía en este caso), cuando usted abre el Nuevo Testamento, el Evangelio según Mateo aparece en primer lugar.

Desde el punto de vista humano, nosotros colocaríamos el Evangelio de Lucas primero, porque ese es el evangelio de la gracia para la remisión de nuestros pecados. Nosotros estamos conscientes de nuestros pecados, sabemos que necesitamos de perdón; necesitamos de la gracia de Dios, y el evangelio de Jesucristo es el evangelio de gracia. Así, desde el punto de vista humano, nosotros diríamos que el Evangelio según Lucas debería ser puesto en primer lugar. Pero desde el punto de vista divino, el Evangelio de Mateo fue colocado en primer lugar. ¿Por qué?

Porque desde el punto de vista de Dios, la primera cosa que necesitamos ver y saber respecto de Cristo es: verlo y conocerlo como nuestro Rey. El evangelio del Reino es el evangelio desde el punto de vista de Dios. El evangelio de la gracia es el evangelio desde nuestro punto de vista. Es claro, el evangelio es ambos, pero generalmente comenzamos por nosotros. Somos tan centrados en nosotros mismos, deseamos la gracia para nosotros, para nuestra satisfacción, y a veces olvidamos que debemos estar centrados en Dios, que necesitamos ver el evangelio desde el punto de vista de Dios. ¿Qué es lo que Dios desea que sepamos acerca del evangelio o acerca del Señor Jesús en primer lugar? Él desea que lo conozcamos como nuestro Rey.

Una de las razones por las cuales la vida de algunos cristianos es tan débil y su testimonio tan ineficaz, es que nosotros recibimos al Señor Jesús como nuestro Salvador, o como nuestro Redentor, pero fallamos en verlo y reconocerlo como nuestro Señor,

como nuestro Rey. Recibimos el evangelio para nuestro bien, pero no obedecemos al evangelio para que el propósito de Dios sea cumplido. Por lo tanto, al abrir el Nuevo Testamento, la primera cosa que Dios desea es que veamos a su Hijo, el Señor Jesucristo, como Rey.

La Biblia, como un todo, tiene el propósito de revelar a Cristo, pero la primera cosa que debe ser revelada a nosotros es esa visión del Señor Jesús como Rey. Y esto, vuelvo a repetir, requiere revelación. El Espíritu Santo tiene que revelarnos esto en nuestro espíritu. Está escrito en el Evangelio según Mateo, pero lo que está escrito allí tiene que ser vivificado por el Espíritu Santo en nuestro corazón para que podamos verdaderamente ver a Jesús como Rey.

Hijo de David e Hijo de Abraham

Cuando usted abre el evangelio de Mateo, el primer versículo dice: «Libro de la genealogía de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham». Hay solamente dos lugares en toda la Biblia donde se encuentra esa misma expresión: «libro de la genealogía». Uno es Génesis 5:1: «el libro de la genealogía de Adán». El otro es en Mateo 1:1: «el libro de la genealogía de Jesucristo». ¿Por qué? Porque hay solamente dos hombres a los ojos de Dios. El primer hombre es Adán y todo aquello que procede de Adán – «en Adán todos morimos». El segundo hombre es Cristo, «en Cristo todos somos vivificados».

¿Cuál es la historia de la genealogía de Jesucristo? «Hijo de David, hijo de Abraham». En otras palabras, desde el principio del Evangelio, Dios está testificando quién es este Jesucristo y su historia. ¿Quién es el hijo de David? Salomón. Sin embargo, usted va a descubrir que Salomón es sólo una sombra, un tipo de Cristo. El verdadero Hijo de David es Jesucristo. Dios había hablado a David: «Tu hijo edificará una casa a mi nombre, y yo estableceré para siempre el trono de su reino».

Nosotros sabemos que Salomón construyó un templo, pero fue apenas un templo físico. Salomón de hecho reinó, pero su trono no permaneció para siempre. Por eso sabemos que Salomón es sólo una sombra, un tipo de Cristo. Existe el verdadero Hijo de David, que es mayor que David, y por él la verdadera casa de David será construida. Él dice: «...y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18b). Es a través de ese Hijo de David que su trono jamás tendrá fin. Él reinará para siempre.

Él es el hijo de Abraham. Sin embargo, ¿quién es el hijo de Abraham? Históricamente es Isaac, pero Dios hizo la siguiente promesa a Abraham en Génesis 22: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra». Nosotros sabemos que Isaac

es apenas un tipo, una sombra. La realidad es Jesucristo, porque verdaderamente es en Jesucristo que todas las naciones de la tierra serán bendecidas. Aquí, exactamente en el comienzo, Dios nos está presentando a Jesús como el Rey. Él es el Rey prometido. Él es el prometido Hijo de David, el prometido Hijo de Abraham, en quien todas las naciones serán bendecidas.

Un Rey atípico

A medida que leemos el Evangelio de Mateo descubrimos una cosa interesante. Por un lado, vemos constantemente a Dios testificando acerca de Jesús, su Hijo, como el Rey divinamente escogido. Por otro lado, vemos al mismo tiempo al pueblo constantemente rechazando a Jesús como rey. Vemos un conflicto aquí ¿Por qué? ¿Por qué motivo el pueblo falló en ver a Jesús como Rey?

En verdad, Dios escogió un pueblo entre todas las naciones y a lo largo de un gran período de tiempo preparó a aquel pueblo para que el Mesías saliese de entre ellos. Dios preparó al pueblo de Israel desde el día de Abraham hasta Cristo con un único objetivo: para que en la plenitud del tiempo, el Rey, el Mesías, pudiese venir. Sin embargo, curiosamente, cuando el Mesías, el Rey, llegó, el pueblo de Israel fracasó en reconocerlo como Rey. Ellos lo rechazaron porque el concepto de Rey había sido distorsionado a lo largo de la historia humana. El concepto de un rey de acuerdo con los patrones humanos es tan diferente del concepto de un rey de acuerdo con los patrones divinos. Cuando el Rey finalmente llegó, muy pocos lo reconocieron.

Los judíos de aquella época se decepcionaron de él. Ellos lo estaban esperando como rey y en el principio pensaban que él probablemente fuese el Rey. Estaban esperando que él viniese a derrotar al Imperio Romano, los libertase del yugo de hierro de aquel imperio e hiciese de Israel la cabeza de las naciones. Pero Jesús no hizo eso y ellos se decepcionaron. Él no era un rey según el pensamiento de ellos. Por eso, aunque él mismo declarase ser el Rey y hubiese nacido para ser Rey, ellos lo rechazaron. Él no se adecuaba a su concepto.

Queridos hermanos, solamente unos pocos entre los judíos de aquella época, recibieron a Jesús como Rey. Solamente unos pocos, tales como María, José, Zacarías, Elizabeth, Juan Bautista, Simeón, Ana, algunos pastores y algunos de los discípulos de Juan Bautista lo recibieron. ¿Y cómo? ¡Por revelación!

El concepto humano de Rey está en tal oposición al concepto divino que es necesaria la revelación para ver a Jesús como Rey. Y esto es verdadero no solamente en el primer siglo, cuando el Señor Jesús estuvo aquí en la tierra en un cuerpo humano, sino todavía hoy es verdad. ¿Usted piensa que puede verdaderamente ver a Jesús como

Rey sin tener revelación? Cuando nosotros leemos el evangelio según Mateo, probablemente vamos a tener un conflicto en nuestro interior, porque, aunque Jesús sea presentado como Rey, nosotros no vemos mucho de su naturaleza de Rey, ni sus procedimientos como Rey. No vemos mucho de su realeza. Probablemente muchos de nosotros adoptamos la misma posición que los judíos adoptaron en el pasado: «Él no parece un Rey. ¿Qué evidencias él puede darnos?». Es necesaria la revelación.

Nosotros realmente necesitamos que el Espíritu Santo quite el velo que está sobre nuestros corazones a medida que leemos el Evangelio de Mateo. Dios tiene que abrir nuestros ojos para que veamos que Jesús es verdaderamente Rey, pero no un rey de acuerdo con los patrones humanos. Él es un Rey de acuerdo con los patrones de Dios y nosotros debemos recibirlo como tal, como nuestro Rey.

El Rey viene al mundo

En Gálatas, encontramos la expresión «en la plenitud de los tiempos» Jesús nació. Él nació de una mujer que estaba bajo de la ley para que él nos pudiese libertar de la maldición de la ley, para que pudiésemos tener la adopción, esto es, la filiación. Para Dios aquel era el momento correcto para la venida de Jesús como Rey. Pero si usted leyese la historia de la época, probablemente diría: «Este no es el momento apropiado para su venida» ¿Por qué? Porque, cuando Cristo Jesús nació, Herodes estaba en el trono de la nación de Judá. Ni siquiera era judío, no era hijo de David, sino un edomita el que estaba en el trono del reino de Judá. ¿Y quién estaba en el trono del imperio mundial? César Augusto. Nosotros diríamos que esa no era la ocasión adecuada, sin embargo, desde el punto de vista de Dios, esa era la plenitud del tiempo para que su Hijo viniese como un Rey.

Cuando Cristo nació, no nació en Jerusalén. Nosotros esperaríamos que un rey, un príncipe, naciese en la capital de la nación, pero el Rey no nació allí. Él nació en una pequeña aldea llamada Belén. Cuando él nació, nadie estaba en conocimiento, excepto unos pocos hombres sabios de Oriente – los magos. Ellos miraron las estrellas y vieron una estrella muy brillante y su interpretación fue la siguiente: «Un rey nació». Siendo gentiles, ellos probablemente tenían algún conocimiento de la profecía de Balaam, un profeta gentil que profetizó acerca de la estrella y del cetro. Así, ellos pensaron que debería haber nacido un rey en la región de Judea.

Naturalmente, ellos fueron a Jerusalén, porque era allí donde el rey debería estar, pero él no estaba allí. Herodes estaba perturbado porque, siendo él rey, otro rey había nacido. Él llamó a todos los fariseos y escribas para preguntarles dónde el rey debería nacer. Estos fariseos y escribas eran realmente eruditos de la Biblia. Cuando

Herodes les preguntó, ellos le dijeron que debería nacer en Belén de Judea. ¿Y cómo sabían ellos? Había una pequeña palabra en uno de los libros de los profetas menores – no en los mayores. En Miqueas, capítulo 5, hay una profecía: «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad». (v. 2).

Los escribas y fariseos conocían la Palabra de memoria. ¡Oh, ellos realmente tenían conocimiento, ¿pero intentaron buscar al rey? No, ellos quedaron perturbados. Aunque ellos tenían el conocimiento, ellos no tenían al Rey.

Hermanos, lo mismo es verdadero hoy. Intelectualmente, usted puede decir que Jesús es el Rey, pero, espiritualmente, ¿usted intenta buscarlo como su Rey? ¿Usted ya le entregó su vida y permite que él la gobierne? Hay una gran diferencia aquí.

El Rey fue criado en Nazaret, una ciudad localizada en la parte superior de un país montañoso. Él nunca estuvo en una escuela de rabinos. No tenía un título de Doctor en Teología. Allí estuvo él, en un lugar escondido, por cerca de treinta años Sin embargo, aunque nunca hubiese frecuentado una escuela, él estaba en la escuela de Dios, su Padre.

Cuando llegó el día en que cumplió 30 años de edad, él fue presentado al mundo. ¿Y cómo se presentó a sí mismo? No en un banquete real, sino yendo al río Jordán y siendo bautizado por Juan el Bautista.

El Rey es bautizado

El bautismo de Juan el Bautista es el bautismo de arrepentimiento. Juan, el Bautista, vino y predicó el arrepentimiento: Arrepentíos, cambiad vuestro modo de pensar, cambiad radicalmente. Ustedes parecen ser muy religiosos y estar haciendo todas las cosas correctamente, pero no es así. Por lo tanto, arrepíentanse, cambien de dirección. ¿Por qué? Porque el reino de los cielos se ha acercado, el Rey está viniendo. La religiosidad no va a ayudarlos; ustedes necesitan arrepentirse de la religiosidad y, al mismo tiempo, arrepentirse de la no-religiosidad, porque el Rey está viniendo. Eso es arrepentimiento.

Aquí nosotros vemos al propio Rey viniendo para ser bautizado, aunque él no tenía nada de qué arrepentirse. Nuestro Señor Jesús no tenía nada de qué arrepentirse porque él y el Padre son uno y él siempre agradaba al Padre; sin embargo, al presentarse a la nación, él aceptó el bautismo de Juan. Él se ofreció a sí mismo por los pecados de la nación y del mundo. Es así como él se presenta. Él es el Rey del amor. Él se

dio a sí mismo como sacrificio por nosotros. Esa es su credencial; esa es su calificación; esa es la prueba de que él es el Rey. Su realeza no se prueba por la ostentación o la pompa, sino por el sacrificio. Cuando descendió a las aguas para ser bautizado por Juan el Bautista, Jesús se identificó con el mundo pecaminoso, ofreciéndose a sí mismo como un sacrificio. Cuando él salió de las aguas, el Espíritu Santo descendió sobre él; no solamente sobre él, sino que habitó en él, como está escrito, «como una paloma».

¿Qué representa la paloma? Ella representa la ofrenda de los pobres. Los pobres no tenían los recursos para ofrecer novillos o corderos, todo lo que podían ofrecer era una paloma. Y aquí nosotros vemos que nuestro Señor Jesús se ofreció a sí mismo sin mancha ninguna a Dios, como una paloma – la ofrenda de los pobres. Ese es el modo por medio del cual él se presenta a sí mismo como Rey.

En seguida, él fue conducido por el Espíritu Santo al desierto para ser tentado por el enemigo por cuarenta días y cuarenta noches. Allá él venció al enemigo. En el jardín del Edén, con todas las circunstancias favorables, el primer hombre, Adán, cayó ante el tentador. Pero ahora, en la peor de las circunstancias, en el desierto, ayunando por cuarenta días y cuarenta noches, el Señor Jesús venció. Exactamente de la misma manera, el rey David fue presentado a la nación de Israel. La primera vez que él fue presentado fue cuando mató a Goliat, y, por haber matado a Goliat, todos supieron que él era un rey. Aquí, nuestro Señor Jesús, siendo tentado en el desierto por cuarenta días y cuarenta noches, venció al enemigo. El enemigo nada pudo hacerle; él no tenía ningún lugar en Su vida. La victoria de nuestro Señor Jesús sobre el enemigo probó al mundo que él es el Rey.

El Rey llama a sus discípulos

Cuando Juan el Bautista estaba en prisión, el Señor Jesús comenzó a predicar resueltamente. Mientras él andaba por el mar de Galilea, comenzó a llamar discípulos. Él vio a Simón Pedro y Andrés lanzando sus redes al mar y les dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres». Entonces ellos dejaron todo y siguieron al Señor. Al seguir un poco más adelante, el Señor vio a los dos hijos de Zebedeo remendando las redes, y los llamó diciendo: «Venid en pos de mí» (Mateo 4). Ellos dejaron las redes, a su padre, el barco y todas las cosas, y siguieron al Señor. Eso es el llamamiento de los discípulos.

¿Qué significa eso? En este tiempo hemos oído mucho sobre el discipulado. Pero ¿cuál es el significado real del discipulado? El Señor llamó personas para ser sus discípulos: «Venid en pos de mí». Él está llamando discípulos. Eso significa que aque-

Las personas que respondieron a su llamado dejaron todas las cosas para estar con él. Ellos se colocaron bajo Su gobierno como Rey y dejaron que él los conformara a Su propia imagen. Ese es el real significado del discipulado. El llamado al discipulado es el llamado del Reino; es el llamado del Rey. El Rey está llamando a su pueblo para que se coloque bajo su realeza, bajo su soberanía, para que él pueda transformarlos y hacerlos verdaderamente su propio reino. Ese es el llamado al discipulado.

Si ese es el llamado al discipulado, ¿es posible ser discípulo de algún hombre? ¿Hay algún hombre calificado para decir que usted es su discípulo? No. Nosotros sólo somos discípulos de Cristo, de nadie más. Las personas pueden ayudarnos en el discipulado, pero no pueden ser nuestros maestros. Nosotros tenemos solamente un maestro; solamente un Rey. No tenemos dos Reyes; no tenemos al Señor y a César. Tenemos solamente un Rey, el Señor Jesús.

El llamado al discipulado es el llamado del Rey para que entremos en el Reino y seamos sus súbditos. Es el llamado para que nos sometamos totalmente a él. Esa es la razón por la que toda vez que oímos el llamado al discipulado, nuestra respuesta debe ser: «Dejar todo y seguirle». Si usted todavía intentar mirar para atrás y prenderse de alguna cosa, el Señor dice: «No sois dignos de ser mis discípulos». Entregue todo. Entréguese a sí mismo y deje que él haga lo que él quiera con su vida. Si usted se apega a sí mismo, el resultado será confusión, pero si usted se entrega y deja que él cuide de usted, él va a hacerle un hijo del Reino. Él lo va a transformar a usted y permitirá que Su carácter de Rey sea formado en usted, y, de esa forma, usted podrá ser verdaderamente rey y sacerdote para Dios. Nosotros no solamente somos lavados por la sangre preciosa, sino también somos hechos reyes y sacerdotes para Dios. ¿Usted sabe que potencialmente usted es un rey? Jesús lo llamó para ser su discípulo, para realmente hacerle un rey.

La humildad del Rey

¿Cuál es el concepto de rey? ¡Oh, cuán diferente es el concepto de Dios del concepto de los hombres! Nosotros podríamos pensar: «Si él me llama para ser rey... bien, yo voy a sentarme y dar órdenes. Que todos me sirvan. Esto es ser rey». Pero no, el Señor Jesús no es ese tipo de Rey. Como ya fue mencionado, su realeza es tan divina, tan diferente. Él nos llama para ser sus discípulos. Pero, a medida que nos allegamos para ser sus discípulos, ¿cómo nos discipula? ¿Cómo somos disciplinados, entrenados? Pienso que todos conocen el Sermón de la Montaña. Nuestro Señor Jesús reunió sus discípulos, subió al monte y comenzó a hablar. Recuerde que Mateo 5, 6 y 7 no son palabras habladas para el mundo – aunque muchas personas que estaban en

las proximidades las hayan oído.

Esas palabras iban dirigidas a sus discípulos, que ya habían puesto sus vidas bajo el gobierno del Rey, y permitido que él dirigiese absolutamente sus vidas. El Señor Jesús dijo: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mat. 5:3)

En Mateo 5,6 y 7 tenemos el Sermón del Monte, pero ¿qué es lo que significa realmente? Aquí el Señor Jesús describe cómo es su reino. Su reino no es de este mundo. Nosotros sabemos cómo es el reino de este mundo, pero no sabemos cómo es Su reino. Él nos está describiendo aquí la naturaleza de su reino, mostrándonos cómo es él. En verdad, su reino es exactamente como es Jesús, como su Rey. ¡Y porque él es así, aquellos que están en su reino también son así! No es ley, es gracia. Quiero decir que él es capaz de hacer eso de nosotros.

¿Qué significa la expresión «pobres de espíritu»? No significa que usted es espiritualmente pobre, al contrario, por ser usted espiritualmente rico, usted puede tornarse pobre en espíritu. Piense en el caso del propio Señor. Él es igual a Dios; sin embargo, eso no es algo a lo que él se aferra; eso es lo que él es esencial y eternamente (Fil. 2). Él es igual a Dios, él está en forma de Dios, y la palabra «forma» aquí significa carácter interior. Todo aquello que Dios es, él es. Él es rico; espiritualmente es pleno. Como vemos en la epístola a los Colosenses, toda la plenitud de la deidad habita en él permanentemente. Eso muestra cuán rico es él, cuán pleno es, y por ser tan rico y tan pleno él es capaz de vaciarse a sí mismo. En verdad, nosotros no tenemos mucho de qué vaciarnos porque somos tan vacíos, nada tenemos, pero pensamos que tenemos mucho. Pero el Señor Jesús es rico: «toda la plenitud de la deidad».

¿Usted consigue imaginar lo que es la plenitud de la deidad? Eso es algo que está más allá de nuestro entendimiento. Todo lo que Dios es, y su plenitud, todo habita corporalmente en Cristo. Todo habita permanentemente en él; no sólo un momento, sino permanentemente.

Él se vació a sí mismo. ¡Oh qué gran vaciamiento es este! Es evidente que Jesús no puede vaciarse de su deidad, eso es imposible. Él se vació de todas las cosas relacionadas con la deidad – su gloria, su honra, su adoración. Él tomó la forma de esclavo, no sólo de hombre, sino de esclavo. Interiormente, él se hizo un esclavo, un esclavo de Dios, su Padre, por amor. Él que era igual a Dios, tomó un lugar inferior a Dios a tal punto que se tornó un esclavo, un esclavo de Dios por amor. Esa es la forma que él asumió. Exteriormente, Jesús tomó la forma de hombre, recibió un cuerpo de carne, a semejanza de carne pecaminosa, pero sin pecado. Él tomó forma de hombre, y

como hombre se humilló a sí mismo. Esto es, él tomó su lugar como un hombre, como un ser creado delante del Creador. «Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz». Eso es ser pobre en espíritu. En otras palabras, pobre en espíritu simplemente significa humilde.

¿Qué es humildad? En Apocalipsis 3 encontramos la iglesia en Laodicea. Ellos se enorgullecían de sí mismos y decían: «Nosotros somos ricos, tenemos todo, nada nos falta». Mas Dios les dice: «Ustedes son pobres, ciegos, y están desnudos». Hermanos, cuán arrogantes somos nosotros; cuán seguros somos de nosotros mismos, cuán autoconfiados y autosuficientes. Nosotros pensamos que lo sabemos todo, que tenemos todo, y que nada nos falta. La Biblia dice: La soberbia precede a la ruina. Si usted es orgulloso, usted caerá, pero el hombre a quien Dios mira es al pobre y contrito de espíritu y que tiembla a su palabra (Is. 66:2).

Todos nosotros somos naturalmente orgullosos y arrogantes. Nosotros nos vindicamos a nosotros mismos, somos autosuficientes. Nosotros pensamos que es vergüenza necesitar consultar a otras personas. Eso es lo que naturalmente somos, pero cuando nos allegamos para ser discípulos del Cristo, cuando respondemos al llamado para el reino de los cielos, la primera cualidad de Su propio carácter que el Rey va a operar en nuestras vidas es la humildad. Él tiene que transformar este modo de pensar: «Yo soy alguien, yo tengo todo, yo puedo hacer todo por mí mismo» por este otro: «Yo nada soy, yo nada poseo, yo nada tengo: por eso él tiene que ser todo para mí». Esa es la primera cualidad de un rey según el concepto divino.

De acuerdo con el concepto humano, la última cualidad de un rey es la humildad. Si usted es rey, usted no puede darse el lujo de ser humilde; usted tiene que autoafirmarse, tiene que ser autoritario y orgulloso. Exactamente como Luis XV dijo: «El Estado soy yo». ¡Oh, no! El Rey, en el sentido divino, es muy distinto. La primera cualidad de un rey según el patrón divino es la humildad. ¿Es usted un rey de acuerdo al pensamiento de Dios? ¿Tiene usted esa cualidad de rey en usted? ¿Tiene usted aquella humildad? Si hay humildad en usted, entonces, hermano, la Biblia dice que Dios lo mira a usted.

Jesús tuvo solamente 12 discípulos y ellos no venían de origen noble. Eran pescadores, publicanos, etc., pero aún así podemos ver una cosa entre ellos: discutían, disputaban y luchaban entre sí mientras seguían al Señor. ¡Piense en eso! Ellos están siguiendo al Señor, son sus discípulos, van a ser transformados por él, pero todavía hay una cosa en ellos que parece incomodarlos, y que los importuna hasta el final. ¿Qué es eso?: «¿Quién es el mayor?». Todo el concepto que ellos tienen de un rey es un

concepto mundano. Cada uno intenta sentarse en un lugar más alto. Si él puede alcanzar aquella posición, mirará a los otros hacia abajo, y los otros tendrán que servirlo. Ese concepto estaba muy arraigado en los discípulos, y vez tras vez el Señor tenía que enseñarles.

En Mateo 18, ellos estaban otra vez luchando y disputando, y diciendo: ¿Quién es el mayor? El Señor entonces toma un niño y les dice: «Si no os volvéis y os hacéis como niños, de ningún modo entraréis en el Reino de los cielos». ¿Quién es el mayor en el reino? Aquel que es humilde como un niño, él es mayor en el Reino de los cielos, porque un niño nada tiene, nada sabe y tiene que mirar hacia arriba para ser ayudado. Ese es el espíritu de un niño.

Sin embargo, en Mateo 20, cuando el Señor estaba yendo a Jerusalén por última vez, los discípulos pensaban que esa sería la ocasión en que el Rey sería coronado y ellos se sentarían a su derecha y a su izquierda. Entonces los hijos de Zebedeo, vinieron con su madre a Jesús. Sabemos que su madre, humanamente hablando, era tía de nuestro Señor Jesús, y sabemos también que la palabra de una tía tiene peso. La madre, que parece no estar interesada en sí misma, nada desea para sí, sino para sus hijos. Ella vino al Señor Jesús y le dice: «Nosotros queremos pedirte algo, prométenos que nos lo vas a conceder». Ellos no dijeron lo que deseaban, tal vez estaban muy avergonzados.

Ellos sabían que no era algo muy correcto, por lo tanto, simplemente presentaron al Señor un cheque en blanco y le dijeron: «Firma esto para nosotros». Pero sabemos que el Señor nunca firma un cheque en blanco, así que les dice: «¿Qué es lo que desean? Veamos, sean honestos, sean francos». Entonces la madre dejó escapar impulsivamente: «Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda». Ese es el concepto mundano de un reino. Entonces el Señor Jesús dice: «¿Podéis vosotros beber la copa que yo he de beber? ¿Podéis vosotros recibir el bautismo con que soy bautizado?».

Los dos hijos de Zebedeo, (los Truenos) no sabían, en verdad, lo que era la copa o cuál era el significado del bautismo, pero ellos deseaban tanto sentarse a la derecha y a la izquierda que harían cualquier cosa que se les pidiera. Por lo tanto, ellos dijeron: «Podemos», y el Señor dijo: «De mi vaso beberéis, pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre». En otras palabras, el reinado no está en una posición, sino en beber del vaso y recibir el bautismo. Es en eso que se revela el carácter del rey.

¿Qué es el vaso?

¿Y qué es el vaso? El vaso en este pasaje se refiere a la voluntad de Dios. En el Huerto del Getsemaní, el Señor dice: «Si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú». Y finalmente el Señor dice: «Este es el vaso que mi Padre me dio – la voluntad de Dios». Que la voluntad de Dios sea amarga o dulce, no importa. Es la voluntad de Dios.

El bautismo es la cruz con la cual el Señor sería bautizado. Es al hacer la voluntad de Dios y tomar la cruz que la naturaleza del rey, el carácter real, el poder y la energía del rey, son liberados. El Señor dice: «Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo».

Queridos hermanos, aquí descubrimos que nuestro Señor Jesús es verdaderamente el Rey, pero ¿qué tipo de rey es él? ¿Cuál es su carácter de Rey? ¿Cómo podemos saber que él es Rey? No podemos juzgarlo según los patrones humanos. Si lo hiciéramos, quedaríamos decepcionados. Tenemos que verlo desde el punto de vista divino. Oh, vea su humildad, su mansedumbre, su pureza, su bondad, su sumisión; vea cómo él hizo la voluntad de Dios, cómo él va a la cruz. Es en todas esas cosas que él se revela como el Rey.

Cuando nuestro Señor Jesús fue crucificado en la cruz, Pilato, en verdad, quería burlarse de Jesús. Por eso escribió sobre la cruz la sentencia, el crimen cometido, y el crimen era. «El Rey de los judíos». Él usó eso para burlarse de los judíos. Eso fue escrito en tres idiomas: Latín, Griego y Hebreo, para que todo el mundo lo supiese. Sin embargo, sin querer, él estaba haciendo la voluntad de Dios, porque allá en la cruz fue proclamado a todo el mundo que Cristo es el verdadero Rey. En ningún otro lugar es más evidente Su realeza que en la crucifixión. Queridos hermanos, miren a la cruz y ustedes verán al Rey. Cuán diferente es él del mundo.

La marca de la cruz identifica al Rey

¿Usted ve la cruz? Si ve la cruz, ¿es posible no ver a Cristo Jesús como su Rey? ¿No le conquistó él con su amor? ¿No fue usted constreñido por el amor de Cristo? Pensando que si uno murió por todos, todos murieron, por tanto, ¿vive usted ahora para aquel que murió y vive por usted? ¿Puede usted continuar viviendo para sí mismo? ¿Usted no reconoce al Rey? Si usted recibe la cruz, ¿puede rechazar al Rey? Si usted recibe la cruz usted tiene que reconocer a Aquel que fue crucificado sobre la cruz como su Rey. Él tiene derecho sobre usted. Él lo compró a usted por un precio; usted le pertenece a él. Él va a transformarlo, va a hacer de usted un rey porque él es el Rey

de reyes. Él va a construir Su propio carácter en su vida, el carácter del rey: humildad, mansedumbre, pureza de corazón, sumisión, dulzura, generosidad. Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme, dice el Señor.

«Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia» (Mat. 11:12 a). A nosotros no nos gusta la palabra 'violencia' porque, hoy en día, tiene una mala connotación; sin embargo, en verdad, la palabra en sí misma, es neutra. La palabra 'violencia', simplemente, significa 'fuerza'. El Reino es tomado por la fuerza y solamente los fuertes se apoderan de él. ¿Qué significa esto? No significa que usted hace violencia contra otras personas, sino contra sí mismo. Usted se niega a sí mismo, toma la cruz y sigue al Señor.

Hermanos, siempre que vemos la marca de la cruz en una persona nosotros sabemos que esa persona es un rey. Acuérdense de Pablo. Él dijo a los gálatas: «Nadie me moleste, porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús». Era la marca de la cruz en su vida. ¿Usted tiene la marca de la cruz en su vida? ¿Qué es la marca de la cruz? Ella crucifica el «yo» para que Cristo pueda ser todo en nuestra vida. Esa es la marca del Rey.

Finalmente, usted va a descubrir que nuestro Señor Jesús resucitó de entre los muertos y apareció a los discípulos durante 40 días. Antes de partir, él dijo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». ¿Cómo él recibió todo ese poder? Él lo recibió a través de la cruz, al vaciarse de sí mismo. Él probó ser verdaderamente un Rey. Por eso él está preparado, él está calificado para usar todo el poder en el cielo y en la tierra. Hermanos, si nosotros recibiésemos un poco de poder hoy, ¿sabríamos usarlo? Se ha abusado del poder y la autoridad, se han utilizado mal en este mundo porque las personas simplemente no están preparadas o calificadas para usarlos. Pero todo el poder le fue dado al Señor Jesús, porque él demostró que puede usarlo.

Y él dijo: «Id, pues, y haced discípulos entre todas las naciones» (V. M.). Recuerden, hermanos, la gran comisión no es evangelizar a todas las naciones; es más que eso. Es claro que evangelizar está incluido. La gran comisión es: «Haced discípulos entre todas las naciones». Nosotros no solamente debemos traerlos a Cristo para que sean salvos, sino traerlos a Cristo para que puedan someter sus vidas a él. Ellos deben aceptarlo no solamente como su Salvador, sino también como su Rey. Esta es la gran comisión: discipular entre todas las naciones, traer todas las naciones a Cristo para que el reino de este mundo venga un día a ser el reino de nuestro Dios y de Su Cristo.

¿Y qué tiene que hacer usted? «Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». ¿Para qué los bautizamos? El bautismo es simplemente un testi-

monio externo de una realidad interna: todo nuestro pasado está muerto y enterrado; de ahora en adelante todo es nuevo, todo es Cristo.

«Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado». Esto es, edificándolos. Y el Señor dice: «Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Este es el evangelio según Mateo.

El Evangelio según Marcos

Viendo a Cristo como el Siervo de Dios

Lecturas: Marcos 1:1; 10:45; 16:19-20.

Toda la Escritura es divinamente inspirada, o, literalmente, soplada por Dios. El propósito de la Escritura es uno: revelar al Señor Jesucristo. Sea en forma de biografía, historia, profecía, poesía o cualquiera otra, la Escritura tiene uno y solamente un propósito: revelar a Jesucristo. Por eso, cuando tocamos la Escritura, nosotros debemos tocar al Señor Jesús. Si leemos la Escritura y no tocamos la Palabra Viva, nuestro Señor Jesús, entonces perderemos todo el propósito de la Escritura.

Ya mencionamos anteriormente¹ que el Evangelio según Mateo es biográfico; nos relata la historia de nuestro Señor Jesús. Con todo, más que biográfico, es espiritual. No es solamente histórico, es una revelación del Señor Jesús para nosotros. En Mateo descubrimos que Jesús es el Rey de Dios, y cuán diferente del concepto humano es el concepto divino de rey. Él es Rey porque es humilde; él es Rey porque murió en la cruz. Y él nos está llamando para su reino, para que nosotros también podamos ser participantes de su naturaleza de Rey.

Ahora vamos a estudiar juntos el Evangelio según Marcos. De los cuatro evangelios, es bastante probable que este haya sido el primero en escribirse. Con todo, en la soberanía de Dios, fue colocado en segundo lugar, mientras que el Evangelio según Mateo fue colocado en el primer lugar en el orden del Nuevo Testamento. ¿Por qué? Desde el punto de vista de Dios, él desea que nosotros veamos a Jesús como Rey para que demos a él obediencia, lealtad y adoración. En el Evangelio de Marcos se nos dice que el Señor Jesús es el Siervo del Señor. La palabra 'siervo', en verdad, es 'esclavo' y en el concepto humano, rey y esclavo están en oposición.

No podemos ponerlos juntos. Cuando pensamos en un rey, pensamos en alguien en posición elevada, lleno de autoridad, dando órdenes, siendo obedecido por las personas. Cuando pensamos en un esclavo, un siervo, pensamos en alguien en posición inferior, no teniendo derechos propios; él debe servir, obedecer. Nosotros no podemos poner esas dos cosas juntas. Pero, de acuerdo con el concepto divino, esos dos, rey y siervo, se complementan, o, podemos decir que ellos son uno.

Nuestro Señor Jesús dijo: «En el mundo, aquellos que gobiernan se enseñorean de otros; ellos ejercen autoridad sobre otras personas, pero entre ustedes no será así. Si ustedes quieren ser grandes, deben aprender a ser siervos. Si ustedes quieren ser los primeros, entonces deben aprender a ser esclavos». El Señor Jesús dijo: «Yo vine, no

para ser servido, sino para servir, y para dar mi vida en rescate por muchos». El que sirve es el Rey; el Rey sirve. Ese es el concepto divino y, naturalmente, en la vida de nuestro Señor Jesús encontramos el Siervo modelo.

Jesús, el Hijo-Siervo

Cuando usted abre el Evangelio de Marcos, la primera frase que encontrará es: «Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios». Usted no encontrará ningún registro de su genealogía, como en Mateo. No son mencionados ni genealogía ni nacimiento. ¿Por qué? ¿A quién le importa la genealogía y el nacimiento de un esclavo? Un esclavo no es nada, no es nadie, y esa es la razón por la cual, en el Evangelio de Marcos, no aparecen esos registros.

La primera frase, «Principio del Evangelio de Jesucristo», es el Evangelio de Jesucristo como el Siervo del Señor. Pero inmediatamente está escrito Hijo de Dios. Es una combinación extraña. Este Evangelio va a revelarnos a Jesús como el esclavo de Dios, como siendo nada, o nadie. Sin embargo, está escrito que él es el Hijo de Dios. Un esclavo no es nadie, pero el Hijo de Dios está por encima de todos; y todavía aquí usted descubre que el esclavo de Dios no es otro que el Hijo de Dios. ¿Cómo eso es posible?

Nosotros sabemos que eso es así porque está escrito en Filipenses 2:7 que él es igual a Dios, que participa de la misma naturaleza de Dios, porque él es Dios. Eso, sin embargo, no es algo a lo cual él se apegaba, sino que él se vació a sí mismo. Él se hizo nada, se derramó. Es claro que él no podía vaciarse de su deidad; eso es imposible porque él es Dios. Pero se vació de toda su gloria, honra, majestad y adoración ligadas a la deidad. Él se derramó para hacerse nada, entonces tomó sobre sí la forma de un siervo, un esclavo.

En otras palabras, asumió la naturaleza de un esclavo y, siendo hallado en semejanza de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente a Dios, incluso hasta la muerte y muerte de cruz. Así, hermanos, aquí vemos que el Hijo, que era igual a Dios, por amor a la realización del propósito de Dios, voluntariamente se hizo nada y tomó sobre sí la naturaleza de un esclavo. Se puso a sí mismo bajo el gobierno de Dios, su Padre, y le fue obediente incluso hasta la muerte, la muerte de la cruz. Ese es el Hijo-Siervo.

En el capítulo 12 de Marcos, hay una parábola sobre un hombre que poseía una viña. Él limpió y arregló su viña y entonces la arrendó a unos labradores. En la época de la cosecha, envió algunos siervos a los labradores para que recibieran los frutos de la viña, pero los labradores los enviaron vacíos. Él, entonces, mandó otro grupo de sier-

vos; y ellos incluso los mataron. Él envió más siervos a los labradores, pero ellos los rechazaron a todos. Finalmente, el dueño dijo: «Yo enviaré a mi único y amado hijo, tal vez ellos lo respeten». Pero nosotros sabemos cómo terminó la historia. Usted descubre cómo Dios mandó su Hijo a este mundo como su Siervo porque el Hijo es el Siervo de Dios.

Antes de proseguir con este estudio, me gustaría aplicar a nosotros mismos el principio del hijo-siervo. Nadie puede servir a Dios, ningún servicio es aceptable a Dios, a menos que sea realizado por la vida del Hijo de Dios. En otras palabras, si deseamos servir al Señor, no podemos hacerlo con nuestra vida natural, con esta vida adámica caída. Aunque sea con lo mejor de nuestro conocimiento, lo mejor de nuestras intenciones, lo mejor de nuestras experiencias, lo mejor de nuestra energía, si intentamos servir al Señor a partir de nosotros mismos o con aquello que somos, seremos totalmente rechazados. Dios no va a aceptar nuestro servicio, y ni puede.

¿Cuántos hay, hoy en día, que están intentando servir a Dios en su propia sabiduría y fuerza? Ellos piensan que están prestando un servicio a Dios, pero, en verdad, están causando un perjuicio. En verdad, Dios no va a aceptar –ni puede aceptar– tal servicio. Dios sólo es agrado cuando nosotros lo servimos con la vida de Cristo en nosotros, con la energía del Espíritu Santo y con la mente de Cristo. Así, hay un principio básico aquí, el principio del hijo-siervo. No es sólo un siervo haciendo alguna cosa, sino usted tiene que ser un hijo que tiene la propia vida de él; que tiene la propia mente de él para servir al Dios que nosotros servimos hoy.

La naturaleza del servicio es la voluntad de Dios

Aquí tenemos, por lo tanto, al siervo de Dios, el Señor Jesús. Antes que él viniese al mundo, fue profetizado en el Salmo 40:6-8: «Sacrificio y ofrenda no te agrada; has abierto mis oídos; holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: he aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí». Esto es profetizado respecto de la venida del siervo de Dios, el Hijo. Está escrito: «Sacrificio y ofrenda no te agrada». Eso, en un sentido, es extraño porque para el pueblo del Antiguo Testamento, sacrificio y ofrenda es aquello que Dios exige. Pero, en vez de sacrificio y ofrenda, dice: «Has abierto mis oídos». En el original, eso significa una oreja horadada, significa un esclavo de amor, de acuerdo con el Antiguo Testamento. Él no desea más ser libre. Entonces el amo va a tomar a aquel esclavo, lo lleva junto a la puerta y rompe su oreja y él se hará un esclavo para toda la vida, un esclavo de amor. Es ese el significado de ese salmo. Dios no desea ofrendas o sacrificios. Lo que él realmente desea es una oreja horadada.

«Entonces dije: he aquí, vengo; en el rollo del libro (en la Biblia) está escrito de mí (está profetizado de mí), el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado; mi Dios es mi placer». El placer de nuestro Señor Jesús, como el Siervo de Dios que tiene la oreja horadada, es hacer la voluntad de Dios, porque su ley está dentro de su corazón. Eso se cumplió plenamente en la vida de nuestro Señor Jesucristo, como se puede ver en Hebreos 10.

El Señor Jesús es el siervo del Señor. Él vino para hacer la voluntad de Dios y, al leer los Evangelios, usted descubre que, mientras él estuvo en la tierra, estuvo muy ocupado con muchas cosas. Él predicó, sanó, expulsó demonios, alentó personas, profirió muchas palabras, hizo numerosas obras y viajó por varios lugares. Él vivió una vida muy ocupada. Él suplió las necesidades del pueblo al cual dirigió su vida y servicio. Pero es necesario recordar una cosa: aún estando muy ocupado con muchas cosas, haciendo muchas cosas y diciendo muchas palabras, aún así, como el Siervo del Señor, él no hizo todas esas cosas porque había esas necesidades. Él hizo todo eso a fin de realizar la voluntad de Dios.

¿Qué era lo que gobernaba su vida? ¿Qué gobernaba sus movimientos, sus acciones? No eran las necesidades, ni las personas, ni el ambiente ni, incluso, la obra. Lo que realmente gobernaba sus acciones era la voluntad del Padre. Como el Siervo del Señor, él vino para hacer la voluntad de Dios. Esa es la naturaleza de su servicio. Usted no puede forzarlo a hacer algún trabajo, usted no le puede decir: «Señor, allí hay una necesidad; haz eso». No, es verdad que él sule las necesidades, pero él no es gobernado por las necesidades, él es gobernado por la voluntad del Padre. «He aquí vengo, para hacer tu voluntad». Esa es la verdadera naturaleza de su servicio.

Entonces, si esa es la naturaleza de su servicio, ¿cuál debería ser la naturaleza de nuestro servicio para Dios? En un sentido, todos nosotros somos salvos para servir. En 1 Tesalonicenses usted va a descubrir cómo Dios los libró y ellos se volvieron de sus ídolos para servir al Dios vivo. Todos nosotros debemos servir a Dios; mas ¿cómo debemos servir? ¿Cuál es la naturaleza de nuestro servicio? El Señor Jesús dijo: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil y ligera mi carga».

El Señor Jesús desea que nosotros estemos bajo el yugo con él, y él nunca estuvo bajo el yugo del pecado. En Números 19, cuando los hijos de Israel estaban en el desierto, Dios proveyó para ellos un modo de purificación. Ellos cogerían una vaca alazana sobre la cual no se hubiera puesto yugo, y la quemarían completamente hasta las cenizas, las cuales ellos entonces mezclarían con agua para purificar a aquellos

que estaban contaminados. Nuestro Señor Jesús es como aquel animal. Él nunca había estado bajo ningún yugo de pecado. Todos nosotros estuvimos bajo el yugo del pecado, el yugo de hierro del pecado, pero ningún yugo estuvo jamás sobre nuestro Señor Jesús. Él era completamente libre, aun así, él voluntariamente colocó su cuello bajo un yugo – el yugo de la voluntad del Padre. Es ese su yugo y entonces él dice: «Llevad mi yugo sobre vosotros».

Antiguamente los hacendados no tenían tractores, entonces ellos usaban un buey, o caballo, o mula, para labrar la tierra. Ellos tomaban entonces uno de esos animales y lo colocaban bajo un yugo. El yugo representa la voluntad del agricultor, porque, cuando el buey está bajo el yugo, está bajo la voluntad de su dueño. Es claro que nosotros sabemos que el yugo es colocado en el cuello del animal y entonces es unido al arado. El agricultor asegura el arado y dirige al animal a fin de arar la tierra.

Algunas veces, a fin de hacer el trabajo con más eficiencia, el agricultor usará dos bueyes o dos caballos en vez de uno. El yugo es una barra con sus dos extremos curvados. Uno de los extremos se pone sobre el buey o caballo que ya haya sido domado; un animal que haya sido disciplinado, quebrado, y conozca la voluntad del dueño. A fin de amansar un nuevo animal, el dueño lo va a colocar bajo la otra curva, al otro extremo del yugo. Estos dos animales están juntos bajo el mismo yugo – uno es domado, disciplinado, quebrado, obediente, haciendo la voluntad del dueño; el otro es duro, no trabajado, extraño, teniendo su voluntad propia. Cuando el agricultor comienza a arar el campo y conduce los animales, el animal domado y quebrado va a seguir la voluntad del dueño completamente, pero el otro es impaciente y quiere seguir su propio rumbo. Él intenta andar en su propio camino; el animal domado es más fuerte que él y va a traerlo de vuelta, contra su voluntad, obviamente. Pero gradualmente el animal no domado va a aprender de aquel que ya fue quebrado.

Así, esto es lo que el Señor dice: «Llevad mi yugo sobre vosotros». Si usted desea servir a Dios, hay solamente un camino – usted tiene que tomar sobre sí el yugo de nuestro Señor. Él está de un lado y usted tiene que poner su cuello bajo el otro lado. Este es el único camino para realizar el servicio de Dios.

«No os unáis en yugo desigual con los incrédulos» (2 Cor. 6:14a), porque ¿qué compañerismo puede haber entre la justicia y la injusticia, o qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? No hay concordancia, no hay participación, no hay comunión, por lo tanto, no debemos ponernos en yugo desigual con los incrédulos. Hoy, lamentablemente, muchos creyentes están en

yugo desigual con el mundo. Mas el Señor Jesús dice: «No hagan eso. Pónganse conmigo bajo mi yugo. Lleven mi yugo sobre ustedes». Es verdad que, cuando el yugo está puesto sobre nosotros, nosotros lo sentimos. Queremos ser libres; pero, hermanos, si ustedes ganan ese tipo de libertad, ganarán la muerte. Déjeme enfatizar una vez más que, si usted realmente desea servir a Dios, hay solamente un camino – usted tiene que tomar el yugo de Cristo sobre usted, y el yugo de Cristo es la voluntad de Dios.

Usted tiene que estar bajo el yugo de la voluntad de Dios, no bajo el yugo de una obra. Usted no está bajo el yugo de una necesidad. Sí, usted va a suplir una necesidad, usted va a hacer una obra, pero usted no está bajo el yugo de una obra. Muchos siervos de Dios están bajo el yugo de una obra; por eso ellos quieren que la obra sea un éxito y van a hacer cualquier cosa para que eso suceda, aunque eso venga a comprometer la propia voluntad de Dios. ¿Por qué? Porque ellos están bajo el yugo de una obra; ellos no están bajo el yugo de la voluntad de Dios. Hermanos, nosotros tenemos que estar bajo el yugo de la voluntad de Dios y, cuando estamos bajo ese yugo, entonces la obra de Dios puede ser realizada, pero todavía hay mucho que aprender. Naturalmente, vamos a rebelarnos contra eso.

Naturalmente, vamos a luchar contra eso. Pero, gracias a Dios, al otro lado está el Señor Jesús. Si cuando estuviéremos luchando y resistiendo, lanzamos una mirada al Señor, entonces gradualmente seremos quebrados y domados y, de esa forma, somos forzados a someternos a la voluntad de Dios. La naturaleza del servicio es la voluntad de Dios – no la obra en sí misma.

El carácter del siervo de Dios

Para que un hombre pueda servir a Dios en su obra, hay algo de extrema importancia: su carácter. El discipulado, por un lado, significa que un rey está siendo formado. Esto es, cuando usted responde al llamado al discipulado, usted realmente se está poniendo bajo la disciplina del Señor, entonces su carácter de rey va a comenzar a ser formado en usted. Pero, al mismo tiempo, el discipulado es el entrenamiento del siervo. Bajo el discipulado usted está siendo entrenado para ser un siervo del Señor y el carácter de siervo va a ser formado en usted.

Leamos un párrafo del libro «El obrero cristiano normal» de Watchman Nee: «La vida diaria de un obrero cristiano está íntimamente ligada a su obra. Para estar calificado para un servicio espiritual, un hombre debe tener, no solamente una cierta cantidad de experiencia espiritual, sino debe tener un cierto carácter. El carácter del hombre debe ser adecuado al carácter de la obra. Y el desarrollo del carácter de un hombre

no ocurre en un solo día. Si un obrero quiere poseer aquellas cualidades que son necesarias para hacerlo útil al Señor, entonces muchas cuestiones prácticas relacionadas con su vida diaria deberán ser abordadas. Viejos hábitos necesitarán ser abandonados y nuevos hábitos deberán ser formados a través de un proceso de disciplina, y ajustes de fundamental importancia deberán ocurrir en la vida con la finalidad de armonizarla con la obra».

En eso usted puede ver cuán importante es que el carácter del siervo sea adecuado al carácter del servicio. Si nosotros queremos servir a Dios y el carácter de nuestro servicio es hacer la voluntad de Dios, entonces vamos a descubrir que un cierto carácter debe ser desarrollado en nuestra vida. El desarrollo de ese carácter es un asunto diario; necesita ser desarrollado gradualmente y para eso, muchos ajustes deben ser hechos. Viejos hábitos deben ser abandonados, nuevos hábitos deben ser formados y debe estar ocurriendo una transformación en nuestro interior a fin de que podamos tener aquel carácter de siervo para hacer la obra de siervo.

En el caso de nuestro Señor Jesús, es perfecto. El carácter de siervo de nuestro Señor Jesús es perfecta y completamente adecuado al carácter de su obra, porque él es el siervo modelo. Y, en un sentido, este tipo de carácter de siervo debe ser formado en nuestro interior. ¿Puede usted imaginar una persona haciendo la obra de Dios sin tener aquel carácter de siervo formado en su interior? ¿Qué sucedería con su obra? Es imposible. Por eso, en el Evangelio según Marcos, el carácter de siervo de nuestro Señor Jesús es muy evidente. Nosotros mencionamos sólo algunas características, pero si usted mismo lee el Evangelio, encontrará muchas otras.

1. Diligencia

Una característica importante de un siervo es la diligencia. Cuando usted lee el Evangelio de Marcos, descubre que hay una palabra que se repite muchas veces. En verdad, 37 veces. Esa palabra es «inmediatamente», «luego», «sin demora», dependiendo de la traducción, pero en el original griego es la misma palabra. El Evangelio de Marcos nos revela a Cristo como el Siervo de Dios, y como Siervo de Dios él es diligente. Él está diligentemente haciendo la obra de Dios. Él no dice: «Está bien, mañana lo hago». Sino sí, «inmediatamente», «luego», «sin demora» (Marcos 1:10, 12, 21; 2:8-10; 5:36; 6:50).

Dios no puede usar una persona perezosa, y creo que fue D. L. Moody quien dijo cierta vez: «Dios nunca salva a un perezoso». Es demasiado perezoso para ser salvo. Todos aquellos que han sido o están siendo usados por Dios, son personas diligentes y no perezosas. ¿Por qué? Porque alguien que es perezoso va a hacer daño a la obra de

Dios. Nuestro Señor Jesús es el más diligente de todos los hombres, y ese carácter debe ser formado en nosotros.

Naturalmente, a nosotros nos gusta dejar las cosas para mañana. Queremos hacerlas, pero mañana. Nosotros necesitamos ser disciplinados. Si Dios ha revelado su voluntad para usted, y eso es algo que él quiere que usted haga, entonces hágalo. No lo deje para mañana.

Probablemente alguien preguntará: «¿No hay contradicción entre esto de la diligencia y el esperar en Dios? ¿Entonces no debemos esperar en Dios?». Es claro que debemos esperar en Dios. Si usted no sabe cuál es la voluntad de Dios, entonces simplemente no se lance apresuradamente a hacer alguna cosa, porque usted no sabe lo que está haciendo. Usted será como Pedro. Muchas veces, vemos a Pedro no sabiendo lo que dice, sino simplemente diciendo; no sabiendo lo que hace, sino simplemente haciendo. Así fue Pedro, y por eso él fue disciplinado. Usted debe esperar en Dios, pero no haga de eso una excusa. Si usted no tiene certeza de la voluntad de Dios, usted debe esperar en Dios. Aunque eso signifique esperar un año, usted debe esperar todo un año. Espere en Dios. Pero una vez que la voluntad de Dios se hizo conocida, entonces hágala «inmediatamente», «luego», «sin demora». No se retrase, no más excusas, y no intente dejarlo para después.

De esa forma, usted descubre que esas dos cosas no son contradictorias. En verdad, son una sola cosa. En la vida de nuestro Señor Jesús, usted puede ver cuán verdadero es eso. Piense en la escena del Getsemaní: Él esperó en Dios, pero, una vez que él supo cuál era la voluntad de Dios, entonces inmediatamente dejó de mirar para atrás. Así, como siervos de Dios, queridos hermanos, necesitamos tener esa diligencia implantada en nuestras vidas – diligencia en hacer la voluntad de Dios.

2. Compasión

En el Evangelio de Marcos, usted descubre que otra característica del siervo de Dios es la compasión. Un siervo no sólo debe hacer o decir alguna cosa. Nosotros podemos hacer algo porque es nuestro deber, o decir algo por obligación, pero sin poner en ello nuestro corazón; no hay compasión, no hay sentimiento en nuestro interior. Si usted está haciendo algo de ese modo, entonces usted es un asalariado y no un verdadero pastor, un verdadero siervo de Dios.

Nuestro Señor Jesús es lleno de compasión. Sea lo que fuere que él diga, él lo dice de corazón; sea lo que fuere que él haga, él lo hace de corazón. Él no está sólo cumpliendo una obligación o un deber. No. Él es lleno de amor y compasión. ¿Usted se acuerda de aquel leproso que se aproximó a él diciendo: «Señor, si tú quieres, pue-

des limpiarme»? La Biblia dice: «El Señor, profundamente compadecido ...» Él no sólo dijo: «Quiero», sino extendió su mano y tocó al leproso. Cualquiera que tocaba a un leproso se hacía impuro, pero nuestro Señor Jesús extendió su mano para tocar al leproso, porque él es lleno de compasión. Él quería identificarse con él.

En otra ocasión, en Marcos 6, el Señor Jesús estaba saliendo de una barca y, al ver todo el pueblo allí, se compadeció grandemente, porque vio que ellos eran como ovejas que no tenían pastor.

De la misma forma, en el capítulo 8, aquellas personas lo seguían y lo oían. Habían estado tres días con él, y no tenían nada para comer. Los discípulos fueron a Jesús y le dijeron: «Despídelos». Pero el Señor estaba lleno de compasión para con ellos, les dijo: «Dadles vosotros de comer». Nuestro Señor Jesús es una persona llena de compasión. Cuando él está haciendo la obra de Dios, cuando está haciendo la voluntad de Dios, él lo hace con su corazón lleno. ¡Oh, cómo necesitamos ser llenos de compasión!

Con todo, porque nuestro Señor es lleno de compasión, no significa que él sea ciego. Nosotros pensamos de la compasión como algo emocional, y lo es, pero compasión es más que una emoción, es un carácter. Una emoción es algo que se inflama, algo que irrumpe. Cuando usted ve una escena triste, ella despierta su compasión. Es por esa razón que los misioneros, cuando regresan a su país de origen e intentan recolectar recursos para su trabajo misionero, siempre muestran las peores imágenes posibles. Ellos muestran la fotografía de un niño hambriento y sucio, u otras fotos tristes, a fin de estimular la compasión. Bien, ese tipo de compasión viene y va; cuando usted no ve aquellas escenas, usted no tiene compasión. Es una emoción. Pero compasión, en la Biblia, es una característica profundamente arraigada en usted. En otras palabras, no depende de influencia externa. Viene del interior y toca a aquellos que están fuera; no es algo que se agita por lo externo, sino algo que viene de adentro y por eso la compasión no es indiscriminada.

Encontramos otra escena en el capítulo 7 del Evangelio de Marcos. El Señor Jesús estaba en una región fronteriza cuando una mujer siro-fenicia vino y le rogó: «Hijo de David, te misericordia de mí, porque mi hija está poseída por un demonio»². El Señor simplemente continuó caminando como si no hubiese oído, pero la mujer lo siguió y dijo: «Hijo de David, ten misericordia de mí; Hijo de David, ten misericordia de mí», hasta que sus discípulos se pusieron intranquilos.

Parece que los discípulos tenían más compasión que el Señor. Ellos no pudieron soportar y dijeron: «Señor, haz alguna cosa o despídela. Tú no puedes dejar que te siga

gritando todo el tiempo sin darle una respuesta. Haz alguna cosa, di alguna cosa». Pero el Señor dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos». Es una palabra dura. ¿Por qué? Porque el Señor había sido enviado por Dios a los hijos de Israel y esta mujer, siendo siro-fenicia, no formaba parte de la comunidad de Israel. Ella no podía clamar al Señor como Hijo de David, porque como Hijo de David él vino a los hijos de Israel solamente. Ella lo llamó por el nombre equivocado. Ella lo llamó Hijo de David y eso amarró las manos del Señor. El Señor nada podía hacer en relación a ella, por eso él no le respondió

¡Qué claridad tenía él, y debido al clamor de los discípulos el Señor hizo una excepción! Él dijo: «Usted no puede dar la comida de los hijos a los perros». Los judíos se consideraban a sí mismos como hijos de Dios y a los gentiles como perros. Pero, en verdad, el Señor estaba usando una palabra muy especial, «perrillos», perritos de estimación, y eso encendió en aquella mujer una llama de fe. Inmediatamente ella dijo: «Sí, yo soy un perrillo, pero un perrillo puede coger las migajas que caen bajo la mesa, entonces yo tengo al menos ese derecho». Y el Señor dijo: «Grande es tu fe», y la niña fue sanada.

El Señor es lleno de compasión, pero es compasión con discernimiento. A veces somos llenos de compasión, pero no tenemos discernimiento, y a veces tenemos tanto discernimiento que no tenemos compasión. Si el corazón está ardiente, su cabeza también lo está; sin embargo, nuestro Señor tenía el corazón ardiente, pero su cabeza se mantenía fría. Nuestro Señor, hizo así porque él estaba aquí para hacer la voluntad de Dios. Así, queridos hermanos, nosotros tenemos que tener eso desarrollado en nosotros. Necesitamos tener compasión con discernimiento.

3. Desinteresado de sí mismo

El Evangelio de Marcos nos revela a Cristo, el Siervo del Señor, como aquél que es absolutamente desprendido de sí mismo. Desprendimiento es la característica de un siervo. Un siervo nunca debería pensar en sí mismo. Si un siervo tiene intereses propios, él no puede servir a los intereses de su maestro. Un siervo debe ser tan desinteresado de sí mismo que puede estar enteramente ocupado con los negocios de su maestro. Es eso lo que el Señor Jesús dice en Marcos 10:45: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos».

Este es el versículo clave en el Evangelio de Marcos. Piense en los discípulos. Ellos supuestamente deberían aprender a servir como el Señor; sin embargo, los vemos todo el tiempo disputando entre sí. ¿Cuál era el motivo de sus disputas? ¿Quién era

el mayor? ¿Quién va a tener la posición más alta? Ellos estaban llenos de preocupación por sí mismos, llenos de interés propio, centrados totalmente en sí mismos. No es de admirar que el Señor haya tenido que soportarlos, e instruirlos vez tras vez, diciéndoles que con ellos no debería ser así. Ellos no deberían decir cosas de ese tipo.

Cuando el Señor les dijo que estaba subiendo a Jerusalén para ser muerto y resucitar al tercer día, el propio Pedro lo tomó aparte y le dijo: «¡No, no, tal cosa no te acontezca!». Y el Señor Jesús dice: Tú pones la mira en las cosas del hombre, no en las cosas de Dios». El Señor no tiene absolutamente ningún interés propio. Él es desinteresado de sí mismo. Hermanos, para que ese tipo de carácter se desarrolle en nosotros, es necesario un largo tiempo. Oh, cuán profundamente la cruz tiene que operar. Cada vez con mayor profundidad, porque nosotros somos tan centrados en nosotros mismos. El Señor es desinteresado de sí mismo.

4. Mansedumbre

Otra característica de un siervo es la mansedumbre. ¡Nuestro Señor es tan manso! Está profetizado en Isaías 42: «No gritará, ni alzaré su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare». Él es lleno de mansedumbre.

La mansedumbre del Señor puede ser vista en el modo como él trata a los niños. Las personas se allegaban a él con sus hijos, y los discípulos decían: «Mi maestro es un hombre adulto. Él no tiene tiempo para los niños; fuera, fuera». Pero el Señor dijo: «Dejad a los niños venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos». El Señor tenía tiempo para los niños. Él los tomó en sus brazos y los bendijo. Esto es mansedumbre.

En Marcos 16, después de su resurrección, él envió las mujeres a los discípulos para decirles que él había resucitado e iría a encontrarlos. Él dijo: «Decid a mis hermanos y a Pedro». «Y a Pedro». Él fue tan manso con alguien que lo había negado tres veces. Eso es mansedumbre.

Pero esa mansedumbre de modo alguno significaba debilidad. Si es nuestra propia mansedumbre, es debilidad; pero la mansedumbre divina es fuerza. Es porque él es tan fuerte que puede ser manso. Piense en aquella ocasión descrita en el capítulo 3 cuando el Señor entró en la sinagoga y todos estaban mirándole. Había un hombre con la mano seca y ellos querían ver si el Señor le sanaría en sábado. El Señor pidió a aquel hombre que se levantara y desafió a las personas que estaban en la sinagoga, diciendo: «¿Es lícito en los días de reposo hacer bien o hacer mal?». Nadie osó responder y usted puede ver que el Señor se indignó. Él ordenó al hombre que exten-

diese la mano y quedase sanado. Eso es fuerza. El Señor Jesús denunció la hipocresía de los fariseos y escribas. Él no estaba siendo débil de modo alguno; sin embargo, él era manso.

En 2 Timoteo, Pablo dice que el siervo del Señor no debería contender, sino ser siempre manso. Mansedumbre es una característica del siervo del Señor. Y eso no significa debilidad. No quiere decir tampoco que, por ser manso, usted se hace cómplice; que usted no se impone. Mansedumbre es una característica del siervo de Dios.

5. Confianza en Dios

Finalmente, usted va a descubrir que nuestro Señor Jesús tenía total confianza en Dios. Como siervo, usted debe tener confianza en su dueño. Si usted no confía en su dueño, ¿cómo podrá seguirlo? ¿Cómo usted podría servir a los propósitos de él? En el capítulo 11 del Evangelio de Marcos, él dijo: «Tened fe en Dios». Él anduvo sobre las aguas; él calmó el mar. Él tenía plena fe en Dios. Él tenía fe en Dios incluso hasta la muerte, porque sabía que habría resurrección. Él tenía plena confianza en Dios. Hermanos, nosotros necesitamos tener este tipo de fe.

Me gusta muchísimo el modo como Marcos concluye su Evangelio. ¿Usted sabe cómo él lo concluye? Él dice: El siervo ahora es el Señor. «Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios» (16:19). Él vino como un siervo y regresó como el Señor de todos. Dios lo ungió como Señor y Cristo, porque él sirvió completamente al propósito de Dios. Ahora él está sentado a la diestra de Dios como Rey. El Siervo ahora es Rey. Él sirvió y con eso probó que está calificado para sentarse en el trono. Este es el camino para el trono. Y, respecto de los discípulos, está escrito: «Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor» (16:20 a).

Los discípulos se hicieron siervos y comenzaron a servir, ayudándoles el Señor. Piense en eso. El Señor es Rey; sin embargo, por su Espíritu, él todavía está ayudándonos. Su carácter de siervo, su vida de siervo está en nosotros y todavía nos está ayudando. «Y confirmando la palabra con las señales que la seguían» (16:20b). Así, aquí usted ve al Hijo-Siervo, Siervo-Hijo; Siervo-Rey, Rey-Siervo. Ellos son uno, no están divididos. Que el Señor nos ayude y podamos ver a Cristo como el siervo del Señor en el Evangelio de Marcos.

Hermanos, nosotros mencionamos anteriormente que, si hay revelación, habrá transformación. Si hay revelación, debe haber comunión. Nosotros no podemos ver a Cristo como el Siervo del Señor sin, al mismo tiempo, tener comunión con él en el servi-

cio. No podemos decir que vemos a Jesucristo como el Siervo del Señor sin al mismo tiempo ser transformados y tener el mismo carácter en nuestro interior. O, inversamente, si no tenemos comunión con Cristo como Siervos de Dios, si no hay transformación en nosotros para tener aquel carácter de siervos, es porque no hemos visto a Cristo como el Siervo del Señor. Que el Señor tenga misericordia de nosotros.

El Evangelio según Lucas

Viendo a Cristo como el Hijo del Hombre

Lecturas: Lucas 1:1-4; 19:10; 24:50-53.

Nosotros sabemos que Lucas es un médico griego. Y, por esa razón, vamos a descubrir que él se interesa por los seres humanos, por el hombre. Él nos dice que, aunque no haya sido un testigo ocular, investigó todo cuidadosamente. Como resultado de su investigación, surgió el deseo de escribir lo que él había descubierto a Teófilo para que éste pudiese entender que todo lo que él había escrito era confiable.

No sabemos quién fue Teófilo. Probablemente él haya sido un noble, porque en aquella época había la costumbre de que los escritores dedicasen su trabajo a un noble o patrono. Pero no es tan importante saber si él era un noble o no, porque sabemos que su nombre significa «Aquel que ama a Dios». Entonces, aquí descubrimos a alguien que ama a Dios y, para que aquel que ama a Dios, este evangelio es presentado de forma que él pueda conocer a Jesús.

Queridos hermanos, en un sentido todos nosotros somos Teófilos, todos amamos a Dios y, si nosotros amamos a Dios, entonces necesitamos tener revelación de quién es Jesús. En el Evangelio según Lucas, él descubre que Jesús es el Hombre perfecto; él es el Hijo del Hombre. Él es Dios-Hombre. Por lo tanto, Lucas comparte lo que él entendió y nos presenta al Señor como el Hombre perfecto, el Hijo del Hombre.

Cuando consideramos la historia del hombre, varias cosas son de gran importancia: 1) nacimiento, 2) crecimiento, 3) trabajo, servicio o ministerio, 4) muerte. En el evangelio según Lucas, estas cuatro cosas están registradas metódicamente. De los cuatro evangelios, es el de Lucas que nos da la historia más detallada del nacimiento de nuestro Señor Jesús. En Lucas, Cristo Jesús es presentado a nosotros como hombre, por lo tanto, su nacimiento es descrito detalladamente.

El nacimiento de nuestro Señor Jesús

Amados hermanos, cuando consideramos el nacimiento de nuestro Señor notamos que él es único; es completamente sobrenatural, porque él nació por la obra del Espíritu Santo en el vientre de una virgen, María, cubriéndola con su sombra. Eso es de tremenda importancia, porque si nuestro Señor hubiese nacido de modo natural, de padres humanos, él invariablemente habría heredado la naturaleza pecaminosa de Adán. ¿Por qué? Porque Adán, el primer hombre, es la cabeza general de la humanidad; siendo así, todo aquel que es originado en Adán, hereda de él la naturaleza pecaminosa. Si nuestro Señor hubiese nacido de padres naturales, él habría heredado la

naturaleza pecaminosa y por eso no podría ser nuestro Salvador. Él no podría ser nuestro sustituto, porque solamente aquel que es sin pecado puede ser sustituto del pecador. Es por eso que la encarnación de nuestro Señor fue por medio de la venida del Espíritu Santo sobre María cubriéndola con su sombra. Igualmente, es por este motivo que cuando el Señor Jesús nació fue dicho: Él es la simiente santa; él es el Santo de Israel; él es quien no tiene pecado; él es aquel que no heredó de Adán aquella naturaleza pecaminosa.

Él no conoció pecado. Él jamás cometió ningún pecado.

Hermanos, Cristo nació y a los ojos de Dios él es el Segundo Hombre. Eso quiere decir que él es el principio de una nueva raza, el principio de una nueva humanidad (1 Corintios 15:45-49). Nosotros venimos de Adán, el primer hombre, hecho de polvo. Nosotros traemos la imagen de Adán, la imagen de alguien hecho de polvo. Mas, gracias a Dios, a través de nuestro Señor Jesús Cristo, nosotros ahora procedemos del segundo hombre, y, por tanto, debemos ahora traer la imagen del hombre celestial. Ese es el Evangelio y esa es la razón de por qué debemos nacer de nuevo. Nosotros nacemos de Adán y por causa de eso somos hechos de polvo; nosotros heredamos la naturaleza pecaminosa. Nosotros éramos pecadores cuando nacimos.

Frecuentemente pensamos que somos pecadores porque cometemos pecados, pero la Palabra de Dios nos dice que por la injusticia, por la rebeldía de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores (vea Romanos 5). En otras palabras, por causa de la rebeldía de Adán, nuestro padre, todos nosotros nos tornamos pecadores. Ya éramos pecadores incluso antes de cometer algún pecado. Pero, gracias a Dios, aunque una vez hayamos nacido en Adán, pecadores, cuando nos arrepentimos y creemos en el Señor Jesús, nosotros nacemos de lo alto («Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»), nacemos del Espíritu, y somos introducidos en la familia de Dios. Nosotros recibimos una nueva vida del Segundo Hombre, que es la vida celestial y eso es lo que hoy somos por el Evangelio, por la gracia de Dios. Cuán importante es que seamos encontrados en el Segundo Hombre, en Cristo.

El crecimiento de nuestro Señor Jesús

El segundo aspecto importante en la vida de un hombre es su crecimiento. De los cuatro Evangelios, solamente el Evangelio según Lucas nos relata algo de la historia del crecimiento del Señor Jesús. Después de su nacimiento, él fue circuncidado al octavo día. Eso muestra su relación de pacto con Dios. Dios había hecho un pacto con Abraham según el cual todo niño que naciese debía ser circuncidado al octavo día y la circuncisión es una señal de su pacto con los hijos de Israel. Si alguien de los hijos de

Israel no es circuncidado, él no es considerado perteneciente a la comunidad de Israel, es decir, está fuera del pacto de Dios.

Después que nuestro Señor Jesús nació, él fue circuncidado al octavo día. El día de la circuncisión, le fue dado, por el ángel, el nombre de Jesús. Es claro, sabemos que fue Dios quien le dio ese nombre. El nombre Jesús significa «Y él nos salvará de nuestros pecados».

Después que fue circuncidado, sus padres lo llevaron al templo para presentarlo a Dios (Lucas 2), porque, de acuerdo con la ley, todo primogénito pertenece a Dios. Él fue llevado al templo para ser presentado a Dios para que pudiese tener una relación divina con Dios, no solamente una relación de pacto, sino también una relación divina con Dios. Él fue ofrecido a Dios. De cierta forma, él fue sacrificado a Dios.

Entonces, él fue para Nazaret. Hay apenas una frase que nos relata lo que sucedió en su infancia. Lucas 2:40: «Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él». Después que Jesús nació, fue circuncidado, y ofrecido a Dios, sus padres lo trajeron de vuelta a Nazaret, donde creció. Él tuvo un crecimiento absolutamente normal. Cuando usted piensa en un crecimiento normal, debe pensar en tres aspectos: físico, mental y espiritual. Naturalmente, en el caso de un niño, lo físico viene primero, por eso la Biblia dice se fortalecía. El segundo aspecto es el mental: llenándose de sabiduría. Y el tercer aspecto es: la gracia de Dios era sobre él. Fue un crecimiento perfecto en su infancia.

A partir de ahí, nada sabemos respecto de él hasta sus 12 años de edad, y entonces, nuevamente el único lugar en que eso es registrado es el Evangelio de Lucas. Cuando tenía 12 años de edad, fue llevado por sus padres a Jerusalén para adorar en el templo. Nosotros sabemos que, en aquella época, cuando un pequeño alcanzaba los 12 años, él debía tornarse un hijo de la ley: un Bar-Mitzvah. Hoy, entre los judíos ortodoxos, su Bar-Mitzvah es a los 13 años, pero, en aquella época era a los 12 años. Entonces, evidentemente cuando el Señor Jesús cumplió 12 años, sus padres fueron al templo y allá él se tornó un hijo de la ley.

¿Qué significa «hijo de la ley»? Significa que delante de la ley él es ahora un verdadero miembro del gobierno de la ciudad. Ahora él tiene derecho de leer los oráculos de Dios; el derecho de hacer y responder preguntas. Él se había convertido en un miembro maduro del templo de la sinagoga de Dios.

Así, él se tornó en un hijo de la ley a los 12 años de edad, y usted sabe, algo sucedió. Ellos fueron a Jerusalén a adorar a Dios. Cuando había acabado la fiesta, todos fueron a casa. Aquellos que venían de Nazaret normalmente viajaban juntos y, en el camino

de regreso, normalmente los adultos iban juntos, conversando. Los niños, por su parte, también viajaban juntos. Entonces sus padres pensaron que Jesús estaría con los otros niños de su edad, y solamente en la noche se dieron cuenta de su ausencia. Lo buscaron por tres días hasta que finalmente lo encontraron en el templo. En otras palabras, sus padres fueron a casa, mas él permaneció en el templo. Cuando su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia». Entonces el Señor Jesús respondió: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?»

Nosotros sabemos que nuestro Señor Jesús es Dios, pero también es hombre. Él es perfecto Dios, él es perfecto hombre. Así como un niño crece gradualmente, desde el punto de vista humano, nosotros podríamos decir que creció gradualmente en Jesús la conciencia de su relación divina con Dios, una conciencia de que él era Hijo de Dios. Esa conciencia creció gradualmente hasta que a los 12 años, él se tornó un hijo de la ley, y yo creo que ese acontecimiento realmente confirmó eso. En otras palabras, él estaba plenamente consciente de su relación con Dios, su Padre y, por causa de eso, él debía estar ocupado en los negocios de su Padre. Él había quedado atrás en el templo, pero era un pequeño. Aunque estuviese plenamente consciente de su relación divina con Dios el Padre, aún así era un hombre perfecto. Por lo tanto, como un pequeño, él obedeció a sus padres, retornó a Nazaret y permaneció con ellos. ¡Qué maravilloso equilibrio entre humanidad y divinidad!

Desde los 12 hasta los 30 años Jesús permaneció escondido en aquella apartada y montañosa ciudad de Nazaret. Él nunca estuvo en la escuela rabínica, aunque él estaba en la escuela de Dios, su Padre. Humanamente, él aprendió la profesión de carpintero. Él debe haber sido un excelente carpintero, porque ellos lo llamaban «el carpintero». Jesús vivió una vida perfecta y normal como un perfecto ser humano. Nosotros realmente no sabemos lo que sucedió en aquellos años de formación, pero en la Biblia encontramos la siguiente frase: «Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres» (Lc. 2:52).

Sabemos que, en la primera infancia hasta la adolescencia, el crecimiento más evidente es el físico. Con todo, la cosa más evidente desde los 12 a los 30 años, debería ser el crecimiento mental – sabiduría. Está escrito: «Y Jesús crecía en sabiduría». Él encontró gracia para con Dios y los hombres a lo largo de todos aquellos años, hasta que cumplió los 30 años de edad y salió de Nazaret.

Cuando él salió, la primera cosa que hizo fue ser bautizado por Juan Bautista. El bautismo de Juan Bautista es el bautismo de arrepentimiento, mas aquí estaba un hom-

bre perfecto, que no tenía nada de qué arrepentirse. ¿Hay alguna otra persona en todo el mundo que no tenga nada de qué arrepentirse? Supongo que nosotros tenemos mucho de qué arrepentirnos. Hay muchas cosas que nos olvidamos y de las cuales nos deberíamos arrepentir, pero nuestro Señor Jesús es el hombre perfecto. Él no tiene nada de qué arrepentirse y aún así vino para ser bautizado por Juan.

Inicialmente Juan quería impedirlo porque sintió que aquel hombre era alguien tan perfecto, tan noble. Él dijo: «No, no. Yo soy quien debería ser bautizado por ti. ¿Cómo quieres ser bautizado por mí?». Pero el Señor le dijo: «Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia». En otras palabras, nuestro Señor Jesús se identificó con aquellas almas arrepentidas. Dios está llamando al hombre al arrepentimiento y aquí está este hombre perfecto, el cual no tiene de qué arrepentirse, pero se identifica con aquellos que se arrepienten a fin de que él pueda ofrecerse a sí mismo como sacrificio por ellos.

Por eso, después de haber sido bautizado, el Espíritu Santo descendió sobre él como una paloma y habitó en él. La paloma, en las Escrituras, es el sacrificio de los pobres. Cuando un hombre pobre no puede comprar un cordero o un novillo, entonces su sacrificio es una paloma. Nuestro Señor Jesús se ofreció a Dios por medio del Espíritu eterno, como una paloma sin mancha, como un sacrificio por los pobres. Gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo. Hermanos, ese fue el crecimiento de nuestro Señor Jesús.

En un sentido, en nuestra unión con Cristo, nosotros también necesitamos tal crecimiento. Después de nacer de nuevo, debería haber una sensibilidad creciente, una creciente conciencia de nuestra comunión con Dios. Nosotros somos ahora hijos de Dios, y como hijos de Dios, ¿no deberíamos estar ocupados en los negocios de nuestro Padre? Yo creo que en la unión con Cristo, a medida que crecemos en él, debería haber un sentimiento creciente de que nosotros pertenecemos a Dios y que estamos aquí por amor de él. No estamos aquí sólo para vivir para nosotros mismos; no estamos aquí para ocuparnos con nuestros propios negocios, sino somos suyos; nosotros estamos aquí para hacer la voluntad del Padre, para estar ocupados con los negocios del Padre. ¡Y, por causa de eso, necesitamos confiarnos a él con esa finalidad! Yo creo que esa conciencia debería crecer en nuestro interior.

Nuestro Señor Jesús, a los 12 años de edad, estaba plenamente convencido de su comunión con el Padre, y él deseaba estar ocupado en los negocios de su Padre, pero siendo un menor él todavía tenía el deber de obedecer a sus padres, y eso hacía. Aunque nosotros tengamos otros deberes y obligaciones, esos no son contradictorios

con nuestra conciencia de que debemos servir a Dios. Al contrario, a través de todos esos conflictos, a través de todas esas combinaciones, vamos a crecer de forma equilibrada y vamos a madurar. Descubriremos que, a medida que crecemos en el Señor, podremos estar ocupados en las cosas del Padre aun cuando estemos ocupados en otras cosas. En otras palabras, nosotros comenzamos a darnos cuenta que los negocios de nuestro Padre son nuestra ocupación y, con esas ocupaciones bajo su gobierno y dirección, nosotros podemos ser maridos, esposas, estudiantes, médicos, enfermeras, profesores, nosotros podemos ser esto o aquello, pero todas esas son vocaciones secundarias.

Nuestra primera vocación es servir a nuestro Dios, nuestro Padre, y, al ejercer esas vocaciones secundarias, nosotros cumpliremos nuestra vocación primaria. Entonces, queridos hermanos, nosotros debemos crecer espiritualmente como nuestro Señor Jesús porque él es nuestra cabeza.

La obra de nuestro Señor Jesús

La tercera cosa en la historia de un hombre es su obra, su servicio. Después que usted crece, obviamente usted necesita trabajar, necesita servir, hacer cosas. Nuestro Señor Jesús, a los 30 años de edad, salió para darse a conocer a los ojos del mundo. En el Evangelio de Lucas, en los capítulos 4 al 21, está registrado lo que él hizo y dijo. Él viajó de aldea en aldea, y de ciudad en ciudad predicando el Evangelio, expulsando demonios, curando a los enfermos, hablando la palabra de la gracia, y realizando obras de poder, de autoridad.

Nuestro Señor Jesús hizo muchas cosas. Aunque sólo haya trabajado poco más de tres años, tenemos registrado en el Evangelio de Juan la siguiente frase: «Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir». La Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos no podría contener todos los libros escritos acerca de lo que el Señor Jesús es y de lo que hizo, y tampoco las bibliotecas del mundo podrían contener los libros escritos acerca de él. En tres años y medio él hizo muchas cosas, él dijo muchas cosas, mas todo lo que dijo es verdad y todo lo que hizo es gracia.

Pero, queridos hermanos, recuerden una cosa: pese a las muchas cosas que hizo, a las muchas palabras que habló, él no estaba en la tierra con el objetivo de tener éxito o popularidad. Él dijo e hizo todas las cosas porque estaba haciendo la voluntad de su Padre celestial. Toda su vida era gobernada por una única cosa: hacer la voluntad del Padre.

Otra cosa que se puede notar acerca del Señor Jesús es su interés por los seres humanos. Él está interesado en todos los hombres; no solamente en los judíos, sino también en los gentiles; no solamente en los fariseos como Nicodemo, sino también en los pecadores y publicanos. Cuando él tocaba a las personas, él lo hacía no solamente con divinidad, sino también con humanidad. Esa es la obra de nuestro Señor Jesús.

En un sentido, hermanos, en unión con nuestro Señor Jesús, nosotros también debemos servir. Es claro que Dios puede usarnos de diferentes maneras, haciendo muchas cosas diferentes, mas debemos recordar una cosa: todo lo que hagamos o digamos, debe ser para la gloria de Dios. No estamos trabajando aquí en esta tierra para obtener éxito; no estamos buscando popularidad. Estamos aquí para hacer la voluntad de Dios a través del poder del Espíritu Santo, por medio de la gracia de nuestro Señor Jesús. Eso debería caracterizar todo lo que hacemos o decimos.

La muerte de nuestro Señor Jesús

Finalmente, tenemos la muerte de nuestro Señor Jesús, que está registrada en los capítulos 22 a 24 de Lucas. Su muerte es única. Es sobrenatural en un sentido. Él no murió una muerte natural. La mayoría de las personas gusta de morir una muerte natural. Él no murió ni siquiera la muerte de un mártir. Oh, si usted lee las historias de los mártires como las escritas en el «Libro de los Mártires», va a encontrar millares y millares de mártires que murieron por el Señor Jesús. ¡Cómo ellos glorificaban a Dios por la forma cómo murieron! Pero, queridos hermanos, cuando nuestro Señor Jesús murió en la cruz, él no murió como un mártir. ¿Por qué? Porque él clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». ¿Esa es la muerte de un mártir? No. Él murió una muerte sustitutiva o vicaria. Él murió una muerte expiatoria. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Cor.5:21).

Cuando Jesús estaba pendiendo de la cruz, durante las primeras tres horas, él estaba sufriendo en las manos del hombre y de los enemigos de las tinieblas. Pero, a las 12 horas, el sol se hizo oscuridad y él clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». En otras palabras, de las 12 horas hasta las 3 de la tarde, él no sufrió en las manos de los hombres ni del maligno; él sufrió en las manos de su amado Padre. Dios lo aplastó en la cruz. ¿Por qué? Él se tornó Aquel que tomó sobre sí los pecados del mundo. Su muerte es vicaria, sustitutiva, expiatoria, una muerte única y por causa de su muerte nosotros no moriremos más.

Él fue resucitado de los muertos después de tres días, apareció a sus discípulos, y

entonces subió a los cielos. Ahora hay un hombre en gloria. El Evangelio según Lucas comienza con un bebé en un pesebre y termina con un hombre en gloria. En unión con Cristo, en su muerte, nosotros morimos. En su resurrección, nosotros somos resucitados de los muertos. En su ascensión, nosotros estamos ahora sentados con él en regiones celestiales. Gracias a Dios por todo lo que él hizo por nosotros.

Pero, hermanos, la cosa más importante en la vida de una persona, más importante incluso que lo que ella hace y dice, es su persona, o, podemos decir, su personalidad. ¿Qué tipo de persona es él? ¿Qué tipo de personalidad él muestra en el mundo? Yo pienso que esto es la cosa más importante, porque aquello que usted hace y dice es, en verdad, simplemente la expresión de aquello que usted es internamente, o de su personalidad. ¿Qué es personalidad? En mi opinión, personalidad es la suma total del carácter. A lo largo de los años, usted construye su carácter y la suma total de su carácter es su personalidad. Aquello que su persona es, eso es lo que usted es. Dios nunca quiso librarlo de su individualidad, pero ciertamente él quiere mudar su personalidad.

Cada uno de nosotros es una persona, un individuo. Dios nos hizo así. No hay dos personas iguales. Ni siquiera los árboles son 100% semejantes. Nuestros temperamentos también son diferentes. Usted tiene un temperamento; yo otro; en eso reside nuestra individualidad. Usted es usted y yo soy yo. No es la voluntad de Dios que usted sea yo y yo usted. A nosotros nos gusta copiar, pero no copie; a Dios no le gusta la copia. Cada uno es una primera impresión, por tanto, sea usted mismo; es eso lo que Dios desea que usted sea. Él hizo a usted así. Esto es nuestra individualidad y esto permanece hasta la eternidad. Incluso en la Nueva Jerusalén, las doce piedras del fundamento son doce piedras diferentes, porque una es Pedro y otra es Juan. Ellos son totalmente diferentes: Pedro es un extrovertido, y es evidente que Juan es introvertido. Pero, gracias a Dios, él puede usar a todos. No importa cuál sea su temperamento, Dios puede usarlo si usted deja que él lo controle.

La individualidad permanece, mas la personalidad debe ser mudada. En otras palabras, el carácter de Cristo tiene que ser formado en usted. Usted tiene el carácter de Adán, usted tiene una combinación de ese carácter y yo tengo otra combinación de su carácter, pero es todo, igualmente, carácter de Adán. No es bueno. Nuestro carácter debe ser mudado y desarrollado porque, cuando creemos en el Señor Jesús, esa nueva vida en nosotros tiene una nueva naturaleza. Si nosotros seguimos esa nueva naturaleza y la cultivamos, entonces desarrollaremos un nuevo carácter, el mismo carácter de Cristo, y la suma total es Cristo. Cuando las personas la miran, ellas no lo ven a usted, sino a Cristo. Cristo se expresa a través de usted; su personalidad está

siendo difundida a través de su individualidad. Hermanos, esto es glorioso y este es el propósito de Dios con la humanidad; es en esto que Dios está interesado.

En Lucas, usted ve a nuestro Señor Jesús, el Hombre perfecto. Dios lo envió al mundo para ser un modelo, en un sentido, y Dios dice que nosotros todos seremos remodelados de acuerdo con él, transformados y conformados a su imagen. Es claro que él es más que un modelo, porque él es nuestra propia vida. Él pone su propia vida en nuestro interior y, a medida que permitimos que su vida sea desarrollada en nosotros, entonces él será formado en nosotros. Así, la Biblia dice: «Hechos conformes a la imagen de su Hijo», y «Cristo formado en vosotros». Cuando tratamos de esta cuestión acerca de Cristo como el Hombre perfecto, es necesario que conozcamos su personalidad. Tenemos que conocer su carácter humano, el carácter con el cual Dios se complace. Hay muchos aspectos de este carácter en el Evangelio según Lucas, pero yo pienso que hay algunos aspectos que sobresalen.

Una vida transparente

Cuando leemos sobre la vida de Cristo como hombre, hay algo que nos llama la atención: él es transparente; eso lo hace real, verdadero. Él no es una persona que vive de un modo en la intimidad y de otro modo en público. Él no es alguien que dice una cosa y hace otra. Es el mismo interior y exteriormente. O sea, delante de Dios es él lo que es delante de los hombres. Él es el que es. Él no finge en ninguna circunstancia, no tiene ninguna fachada. Él es claro como cristal, es transparente.

El pecado hace que nos escondamos. Cuando Adán y Eva pecaron en el jardín, cuando oyeron la voz de Dios que se aproximaba, ellos se escondieron entre los árboles. El pecado hace que nos escondamos. Esta es la razón por la cual ninguna persona sobre la tierra es transparente. Si hubiese un rayo X que pudiese mostrar lo que pasa por su mente, usted desearía arrojarlo al fondo del mar. No podemos ser transparentes porque sabemos que hay muchas cosas que en nosotros no pueden ser conocidas.

Pero nuestro Señor Jesús no; él es transparente. Incluso sus enemigos tuvieron que reconocer eso. Él es transparente porque vive por su corazón, él vive por el Espíritu. No hay nada delante de él, ni detrás. «Él es el mismo ayer, hoy y por todos los siglos».

Queridos hermanos, esa es una característica del hombre que necesita ser desarrollada. ¡Oh, cuán opacos, cuán negros somos! Necesitamos que la cruz nos purifique para que la transparencia sea desarrollada en nosotros y seamos los mismos delante de los hombres y delante de Dios; en secreto o en público.

Una vida dependiente

En la vida de nuestro Señor como ser humano, él vivió una vida de dependencia. Cuando Dios creó al hombre, lo creó para que fuera dependiente de él. Adán y Eva dijeron: nosotros no necesitamos de Dios, nosotros mismos somos dios. Eso es pecado. Pecado es la declaración de independencia con respecto a Dios. Pero nuestro Señor Jesús, el Hombre perfecto, vive una vida de total dependencia de Dios.

Dependencia no significa que usted es débil, que usted no tenga decisión, que usted se vuelva pasivo. No es eso. La vida de nuestro Señor Jesús es muy consagrada, llena de poder; con todo, su poder y su consagración son dependientes de Dios, su Padre. Él dijo: «Yo nada puedo hacer de mí mismo; lo que hago, lo hago porque mi Padre lo hace. Yo nada digo de mí mismo; yo digo lo que oí decir a mi Padre». En otras palabras, toda su vida es dependiente de Dios. Ese es el hombre que Dios desea, porque en nuestra dependencia de Dios nosotros encontramos nuestra realización.

¿Cómo sabemos que el Señor Jesús vivió una vida con tal dependencia? Creo que hay una señal que evidencia eso. De los cuatro evangelios, en el Evangelio según Lucas, usted descubre el mayor número de registros de cómo nuestro Señor oraba. ¿Por qué usted ora? Si usted es independiente, usted no necesita pedir nada. ¿Por qué nosotros oramos? Nosotros oramos porque no podemos; sabemos que tenemos que depender de él, tenemos que mirarlo a él, tenemos que esperar de él. La oración es una señal externa de nuestra dependencia de Dios.

En el capítulo 3, cuando él salió de las aguas del bautismo, él estaba orando. Antes de escoger sus discípulos, él fue al monte y pasó toda la noche orando a Dios. Los discípulos lo vieron orando y le pidieron que les enseñase a orar. Él les animó a orar y no desmayar. Él oró por Pedro para que su fe no faltase. En el monte de la transfiguración, él oró; y cuando oraba, fue transfigurado. En el huerto del Getsemaní él oró; y, aun cuando estaba en la cruz, él oró.

Queridos hermanos, descubrimos que la vida de nuestro Señor Jesús es una vida de dependencia. ¡Oh, cómo nosotros necesitamos desarrollar ese tipo de vida!

Una vida grande

Cuando leemos sobre la vida de nuestro Señor como hombre, descubrimos que él es un gran hombre, un hombre con un gran corazón. Nosotros decimos que él es un hombre universal. El Señor Jesús nació en Belén, fue criado en Nazaret y, cuando él tenía 30 años de edad, comenzó a viajar. Sin embargo, en esos aproximadamente tres años él no viajó más de 320 Km. Hoy en día 320 Km. no son nada. No creo que

haya alguien aquí que nunca haya viajado 320 km.; esa distancia es recorrida en un día. Pero, a lo largo de toda su vida, él no viajó más de 320 Km., y aún así usted descubre un hombre que es tan grande, al punto de que nunca fue afectado por la intolerancia, por los prejuicios o por el sistema legalista de su época. Él nunca fue pequeño o limitado; él es un gran hombre, su corazón abarca todo el mundo. Él es tan grande que incluso los pecadores y publicanos se sienten bien en su presencia.

Frecuentemente nosotros sentimos cuán pequeños somos. Somos hombres y mujeres pequeños; nuestro corazón es tan pequeño, incluso nuestro amor es tan limitado; estamos llenos de prejuicios. Cualquier cosa, por pequeña que sea, puede turbarnos. Que Dios nos pueda libertar de nuestra pequeñez, de nuestra mezquindad, que Dios nos liberte porque pensamos que somos grandes. Nuestro Señor es el hombre universal. Él nos incluye a todos. Que por su gracia nosotros podamos ser grandes.

Una vida con un solo objetivo

Finalmente, el Señor Jesús es alguien con un único objetivo: Su rostro estaba siempre vuelto hacia Jerusalén. Él estaba en la tierra para hacer una sola cosa: la voluntad del Padre, no importando lo que le fuese a suceder. Es ese tipo de hombre el que Dios busca.

Queridos hermanos, que el carácter de nuestro Señor, como Hombre perfecto, pueda ser formado en nosotros, para que podamos ser dependientes de Dios, para que podamos ser grandes, para que podamos ser transparentes y para que tengamos un único objetivo mientras estemos en esta tierra. Hoy nosotros tenemos un hombre en gloria, él no es solamente Dios, es también hombre. Él es un hombre en la gloria, y ese hombre en la gloria es la garantía de que un día habrá otros hombres y mujeres en la gloria, porque él conducirá muchos hijos a la gloria.

Gracias a Dios, nosotros nacemos de nuevo como bebés, pero si seguimos al Señor, él va a trabajar en nosotros por medio de su Santo Espíritu; él nos va a transformar, nos va a conformar a la imagen de nuestro Señor Jesús, para que un día, cuando él vuelva, pueda hallar muchos hijos semejantes a él. Él será el primogénito entre muchos hermanos, y habrá muchos hombres y mujeres en la gloria. Que el Señor nos ayude.

El Evangelio según Juan

Viendo a Cristo como el Hijo de Dios

Lecturas: Juan 1:1-4, 14-18; 10:10b; 20:30-31.

En el evangelio de Juan se nos presenta a Jesús como Dios, el Hijo de Dios. Esto es muy claro, porque en el capítulo 20, cuando está concluyendo su Evangelio, él mismo dice que las cosas que escribió, estas señales, fueron registradas para que nosotros podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios, y para que, creyendo, recibamos vida eterna en su nombre.

La vida del Hijo de Dios

En primer lugar, nos gustaría meditar sobre la expresión 'Hijo de Dios'. ¿Cuál es el significado de que Jesús sea el Hijo de Dios? Mencionamos anteriormente que él es el Hijo del Hombre.¹ Como Hijo del Hombre, él es primeramente hombre. Es verdaderamente un hombre, un hombre perfecto.

En segundo lugar, como Hijo del Hombre, él es el principio de una nueva humanidad. El término 'Hijo de Dios' simplemente significa que él es Dios; él es la imagen del Dios invisible. Nadie jamás ha visto a Dios, pero aquel que habita en el seno del Padre, él lo ha revelado. Nuestro Señor Jesús como Hijo de Dios es la imagen del Dios invisible. Imagen, en las Escrituras, siempre significa representación. Nuestro Señor Jesucristo, como Hijo de Dios, es la plena representación de lo que Dios es. Imagen, también significa manifestación, él es la plena manifestación de aquello que Dios es.

En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios habló a nuestros padres por los profetas, pero lo que fue revelado acerca de Sí mismo por medio de los profetas, fueron partes, fragmentos y porciones. Fueron revelaciones en partes, no en un todo; fueron de muchas maneras, pero no en su totalidad. Sin embargo, cuando Dios envió a su Hijo a este mundo y habló a través de él, Dios fue plenamente revelado y plenamente manifestado. El misterio de Dios se hace conocido, el velo es quitado. Así, cuando pensamos en el Hijo de Dios, pensamos en él como el propio Dios, como la plena representación y la plena manifestación de Dios. Nuestro Señor Jesús dijo: «Si tú me ves, ves a mi Padre. Si tú me oyes, oyes a mi Padre, porque yo y el Padre uno somos». Ese es el significado de ser el Hijo de Dios.

Hay un significado secundario: él es el Hijo del Hombre. Porque él es el Hijo de Dios, él es el unigénito de Dios. Él vino a este mundo con el fin de llevar muchos hijos a Su gloria. El Hijo unigénito de Dios debe ser el Hijo primogénito entre sus muchos hermanos para que de esta manera pueda conducirlos a su gloria.

El evangelio según Juan se inicia con la siguiente expresión: «En el principio era el Verbo». Sabemos que la palabra «verbo» significa simplemente «palabra», «manifestación oral», «expresión». El Señor Jesucristo es la Palabra de Dios, la propia manifestación oral de Dios. Él es la verdadera expresión de Dios. «En el principio era el Verbo», es una expresión que habla de su pre-existencia eterna. Él es auto-existente en la eternidad pasada.

La expresión: «Y el Verbo era con Dios», habla de que él es una persona distinta de Dios. Él es una persona. Hay una distinción en su persona. Y la expresión «El verbo era Dios» nos habla de unidad esencial y eterna de la divinidad. De esta manera, ya en el comienzo, descubrimos que nuestro Señor Jesús, como el Hijo de Dios, es la expresión de Dios. Él está con Dios y él es Dios. Todo fue creado por él. Nada existe que no haya sido creado por él. «En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres».

Este verbo de Dios se hizo carne, el Hijo encarnado. En el evangelio de Juan no nos es dicho cómo él se hizo carne, pero sabemos, a través de otros evangelios, que Cristo Jesús, el Santo de Dios, nació por medio del poder del Espíritu Santo que cubrió el vientre de María, la virgen. Nuestro Señor Jesús, el Hijo de Dios es la plenitud de la divinidad. En Colosenses 1:19 está escrito: «Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud».

Sin embargo, ¿cómo es posible que la plenitud de la deidad estuviese en ese Verbo, tomase sobre sí mismo la forma de un hombre, e incluso se presentase en semejanza de carne pecaminosa, pero sin pecado? La respuesta nos es dada en el capítulo 2 de Filipenses, versículos 6 y 7: «El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo». Para que él se tornara un hombre, tuvo que despojarse a sí mismo. Él no se despojó de Su divinidad, pues eso es imposible. Él se despojó de toda Su gloria, honra, posición, majestad y adoración que estaban implícitos en la divinidad. Él se despojó de todo con la finalidad de asumir la forma de siervo, asumiendo la semejanza de hombre. Y reconocido en figura humana, él, aparte de eso, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente a Dios hasta la muerte, y muerte de cruz.

Un día, alrededor de dos mil años atrás, el Hijo de Dios, el Verbo, se hizo carne y habitó entre los hombres. La palabra «habitar» en las Escrituras, de acuerdo con el original, se refiere a la palabra «tabernáculo». Entonces ese versículo habría sido escrito de la siguiente manera: «El Verbo se hizo carne y tabernaculizó entre los hombres». Esta expresión de inmediato nos conduce al Antiguo Testamento. Allá

descubrimos que Dios libertó a Sus hijos, el pueblo de Israel, de Egipto. Él los trajo a Sí mismo al Monte Sinaí y allá les reveló Su mente. Él dice: «Edificadme un tabernáculo para que Yo habite entre vosotros»

El tabernáculo, en realidad, es el Señor Jesús, el «Verbo» que se hizo carne. Cuando el Verbo se hizo carne, él se «tabernaculizó» entre los hombres. Ahora, Dios está con los hombres y él es lleno de gracia y verdad.

Gracia – Amor

Nosotros sabemos que Dios es amor: Esta es la naturaleza propia de Dios: Amor. Cuando nosotros amamos, nuestro amor es influenciado y depende enormemente de las circunstancias que nos rodean. Pero Dios es amor; el amor que procede de él no depende del medio ambiente, no depende de las condiciones. Es la naturaleza propia de Dios. Cuando él juzga, él ama. Dios es amor y cuando el amor es traducido a una expresión práctica, humana, esto es gracia. De esta manera, descubrimos que el Verbo encarnado es lleno de gracia, porque ahora el amor de Dios fue convertido en gracia concreta; hechos de gracia, obras de gracia. Nuestro Señor Jesús es lleno de gracia y lleno de verdad.

Verdad – Luz

Dios no tan sólo es amor, sino también es luz. Dios es luz y en él no hay ningunas tinieblas. La luz, en una manifestación práctica y humana, es la Verdad. Éste es el motivo por el cual, cuando el Verbo se hizo carne y habitó entre los hombres, él es lleno de gracia y verdad, porque él es la expresión práctica de aquello que Dios realmente es. Por eso en él encontramos las palabras de verdad y las obras de la gracia. El Evangelio según Juan está escrito siempre a partir de un incidente, un acto de gracia y entonces prosigue con una enseñanza, las palabras de verdad.

A continuación la Biblia dice: «La ley por medio de Moisés fue dada». O sea, Moisés en el agente por medio del cual la ley fue dada a los hijos de Israel, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Cristo Jesús. Pero, ¿qué significa que vinieran por medio de Cristo Jesús? Esto significa que antes de la venida de Cristo no había ni gracia, ni verdad en el mundo. Es con Su venida que la gracia y la verdad vinieron sobre la Tierra. Pero, ¿por qué esto? Es porque la gracia y la verdad no son algo que tan sólo procede de Dios. Gracia y verdad son la propia esencia de Dios. Cuando Cristo vino al mundo, entonces la gracia vino a la tierra, la verdad vino a la tierra. De manera que, cuando recibimos la gracia, cuando recibimos la verdad, estamos en realidad, recibiendo al propio Cristo. Él se está dando a sí mismo bajo la forma de gracia y bajo la forma de verdad.

Hermanos, existe una gran diferencia. Algunas veces podemos oír una enseñanza. Ésta puede ser verdad. Decimos que es verdad porque está correcto, está bien. Pero si todo lo que nosotros recibimos es la enseñanza correcta, pero Cristo no está siendo recibido, eso no es la Verdad: es tan sólo una enseñanza. No podemos decir que es la verdad porque, cuando la verdad es realmente recibida, lo que usted recibe no es sólo una enseñanza, sino una persona viva: Cristo. Él es la verdad.

Ocurre lo mismo con la gracia. Nosotros podemos testimoniar un milagro, una maravillosa obra, sin embargo, si todo lo que hemos visto es sólo un milagro o una maravillosa obra, si Cristo no está en eso, entonces no podemos decir que eso sea la gracia. ¿Por qué? Porque la gracia es el Señor mismo. De manera que, sea lo que él haga o lo que él enseñe no es tan sólo una maravillosa obra o una enseñanza maravillosa; lo que sea que él haga o enseñe, en verdad, estará compartiendo de sí mismo a nosotros. Nosotros no podemos sólo contentarnos con la enseñanza como tal, o con la obra como tal. Tenemos que ver que toda su enseñanza de la verdad y todas sus obras de gracia no tienen otro propósito que no sea que podamos recibirlo, para que nosotros podamos tenerlo como nuestra gracia y nuestra verdad.

La vida que él nos da

El Evangelio según Juan utiliza una palabra muy especial. Cuando nuestro Señor Jesús estaba sobre la tierra, él hizo maravillosas obras, milagros y muchas maravillas. Pero Juan no utiliza la palabra maravillas o milagros, en vez de eso, utiliza siempre la palabra «señal». Pero, ¿Qué es una señal?

Una señal es un indicador, algo que indica alguna cosa. En otras palabras, la señal no es algo en sí mismo, indica algo más allá de ella. Por lo tanto, todos los milagros registrados en el Evangelio de Juan son llamados señales. ¿Por qué? Simplemente porque Dios no desea que permanezcamos ocupados con esas maravillas, no importa cuán maravillosas sean ellas. Ellas son maravillosas, pero él desea que veamos algo más allá de esas maravillas y milagros. Él desea que veamos a Alguien. Ese es el motivo por el cual todas esas señales fueron registradas. Juan dice que existen muchas otras señales que él no registró. Pero él consideró que las señales registradas son suficientes y que bastan para probar que Jesús es el Hijo de Dios y, si usted lo recibe, usted recibe vida.

Hay otra cosa que deberíamos recordar. En el evangelio según Juan, la palabra «vida» es muy enfatizada. El señor Jesús dice: «Yo vine para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». En realidad, es posible traducir todas sus palabras de verdad, y todas sus obras de gracia en una palabra: «vida». Sus palabras de verdad tienen

como objetivo darnos vida. Sus obras de gracia tienen como objetivo darnos vida. Él es el Hijo de Dios, y siendo el Hijo de Dios, él tiene vida en sí mismo, y tiene el poder de darnos Su vida, a todo aquel que en él cree. Cuando leemos acerca de las señales, descubrimos que son señales de vida. A través de estas señales, Dios nos está hablando del tipo de vida que él nos da.

Una vida inextinguible, una vida de satisfacción

Existen, en total, ocho señales registradas en el Evangelio según Juan.

En el capítulo 2, vemos que el Señor transformó el agua en vino en Caná de Galilea, durante una fiesta de bodas. Es muy curioso que la primera señal que el Señor hizo haya sido en un casamiento. La Biblia dice que esa fue la primera señal que él hizo para manifestar su gloria. ¿Por qué esta primera señal debería suceder en un casamiento? Porque nosotros sabemos, a través de la Palabra de Dios, que en los planes de Dios hay un casamiento. Todos los casamientos que vemos en esta Tierra son sólo un tipo de aquel casamiento que ha de ocurrir entre Cristo y su Iglesia.

En Efesios 5, Pablo enseña acerca de la relación entre el esposo y la esposa, y en todo momento él dice que esto es sólo un tipo de Cristo y la Iglesia. «Grande es este misterio, mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia». Volviendo atrás, hasta la eternidad pasada, antes de que Dios creara al hombre y a la mujer, antes que Dios creara cualquier cosa, había en su mente un pensamiento: un casamiento. Él dice: «No es bueno que el hombre esté solo». El Padre tenía sólo Su hijo unigénito, sin embargo dice: No es bueno que él este solo, yo quiero darle una compañera. Habrá un casamiento, un casamiento eterno entre Cristo y Su pueblo, la Iglesia. Esto está en el propio corazón de Dios, y eso es la razón por la cual el primer milagro que el Señor Jesús realiza sobre la tierra ocurre durante una fiesta de casamiento. Eso nos muestra lo que Dios realmente está buscando. Es por ese motivo que Dios vino al mundo.

Él transformó el agua en vino. Antiguamente siempre que había un casamiento, se realizaba una fiesta. Así pues, aquí tenemos a este joven matrimonio celebrando el casamiento y muchos invitados llegaron. Es probable que hubiese muchos no invitados también presentes. La fiesta se prolongó día tras día y tal vez al tercer día se había acabado todo el vino. Qué tragedia significa todo eso y mucha vergüenza traería al joven matrimonio. Felizmente María estaba allí y, obviamente, ella se volvió al Señor Jesús que, a su vez, transformó el agua en vino.

¿Qué es el agua? El agua es incolora y sin sabor, y el agua que había en aquellas tinas de piedra, era utilizada para la purificación. De acuerdo con la tradición judaica, siempre que los invitados entraban en una casa, ellos se debían lavar los pies. Proba-

blemente ellos también se lavaban las manos, pues eso era la tradición. Había mucha agua, pero es evidente que había muchos invitados, de manera que el agua también se acabó. Entonces el Señor Jesús dice: «Llenad estas tinajas de agua».

En un sentido, el agua representa nuestra vida vieja; la vida que recibimos de nuestros padres, la vida de Adán. Aquella vida es incolora, sin sabor y sólo es buena para lavar lo exterior. Todo lo que podemos hacer es tener una apariencia externa de limpieza. Algunas personas parecieran tener mucha moral; algunas personas parecieran ser muy buenas; otras parecen ser muy generosas, pero sólo es una apariencia exterior. Pues en lo que respecta al corazón, éste sigue siendo tan malo como siempre. Nuestra vida sólo puede hacer algo externamente, dar una apariencia de limpieza, pero, en lo que respecta a nuestro corazón interior, éste es más corrupto y malo que cualquier otra cosa. ¿Usted sabía que su corazón lo engaña? ¿Sí, a usted mismo? Así es el agua y por eso no es suficiente. Ella disminuye cada vez. Nuestra vida es insuficiente, nuestra vida nada es.

Nuestro Señor transforma el agua en vino. La naturaleza del vino y del agua son muy distintas. Es imposible transformar agua en vino sin introducir algo nuevo en ella. En realidad, cuando el Señor Jesús transformó el agua en vino, él puso algo en el agua. ¿Usted sabe lo que él puso? Se vertió a sí mismo. Él colocó su vida en nuestra vida y, al colocar su vida en nosotros, nosotros experimentamos una transformación.

El vino es aquello que alegra el corazón. El vino es algo que hace olvidar nuestras tristezas. Había tal abundancia de vino —seis tinajas de piedra— que bastaría para los invitados a la fiesta, y sobraría mucho para el joven matrimonio. En otras palabras, es una vida inextinguible. La vida que el Señor Jesús nos da es llena de sabor, llena de alegría y es inextinguible. Esta es la vida que el Señor Jesús ofrece a aquellos que creen en él. Gracias a Dios porque poseemos esa vida.

Una vida de fortaleza y significado

La segunda señal realizada por el Señor Jesús se encuentra registrada en el capítulo 4 del evangelio de Juan. En ese capítulo, podemos leer sobre el hijo de un hombre noble que fue sanado por Jesús. Este hombre era probablemente un romano, miembro de la nobleza real. Probablemente él era rico, tenía honra, posición y mucho más; pero lamentablemente su hijo estaba enfermo y próximo a morir. ¿De qué vale tener posición, fama, riqueza, honra y mucho más si su único hijo, está al borde de la muerte? Todo pierde significado. Pero, felizmente, este hombre oyó acerca del Señor Jesús y fue desde Capernaum hasta Caná, para rogar al Señor que fuese a su casa y curase a su hijo. Entonces el Señor le dice: «Ve, tu hijo está sano». Por la fe, creyendo

en el Señor Jesús, él volvió a su casa. En el camino encontró a sus siervos que venían a su encuentro diciendo que su hijo estaba bien. Cuando él les pregunto a qué hora su hijo había sanado supo que era la misma hora que el Señor Jesús le dijo: «Ve, tu hijo está sano». Y él creyó y toda su casa.

¿Cuál es el significado de esa señal? Yo creo que esta señal significa que el Señor Jesús, como Hijo de Dios, nos da su vida y es su vida la que da significado a la nuestra. Esa vida nos fortalece. Aquel muchacho tuvo una fiebre alta y esa fiebre, naturalmente, hizo que él perdiese los sentidos y quedase fuera de sí. Todo era bastante confuso y al final resultó en su muerte.

Hermanos, ¿ustedes saben lo que es nuestra vida vieja? Si ustedes diesen una mirada a sus vidas viejas, se darán cuenta que también estaban con fiebre. Nosotros no sabíamos lo que hacíamos y nos encontrábamos totalmente confundidos. Podíamos hacer cosas que nos causarían la muerte. Eso es lo que éramos, y por eso, no sabíamos cuál era el significado y el propósito de la vida. Nos conocíamos superficialmente un poco por aquí y superficialmente un poco por allá, pero, en verdad, éramos totalmente ignorantes. Gracias a Dios, cuando la vida del Señor Jesús entra en nosotros, él da significado a la vida y podemos cantar que la vida vale la pena ser vivida por causa de él. Cuando su vida entra en nosotros, entonces él le da un nuevo significado a nuestra vida.

La vida de liberación y el sábado de descanso

La tercera señal está registrada en el capítulo 5, y en este capítulo se nos muestra a un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años. Él estaba tendido al borde de un estanque esperando que descendiese un ángel para agitar el agua y él pudiese ser la primera persona en entrar en el agua para ser sanado. Eso era muy difícil. Él había perdido ya toda esperanza. Entonces, el Señor Jesús vino y le dijo: «¿Quieres ser sano?». En otras palabras, el Señor le estaba infundiendo esperanza a su corazón. Y él respondió: «Sí, quiero»; y el Señor le dice: «Levántate, toma tu lecho y anda». Y él fue sano y luego después de eso el Señor se encuentra con él en el templo.

Hermanos, ¿qué nos quiere decir esta señal con respecto a la vida? Aquí descubrimos que la vida que nosotros teníamos anteriormente era una vida enferma. No podíamos caminar; no podíamos andar en camino de la justicia. Este hombre estaba enfermo por causa de su pecado. Era un juicio, y nosotros sabemos que este juicio también pesaba sobre nosotros. Nosotros estábamos sin esperanza. Antes podíamos ser tentados, nos esforzábamos para ser buenos, nos empeñábamos para acumular méritos, pero probablemente perdimos las esperanzas, porque nosotros mismos no

tenemos esperanza.

Pero, gracias a Dios, cuando Cristo vino, él nos dio esperanza. Él nos da su propia vida y el resultado es que aquel hombre no sólo fue liberto, sino que posteriormente fue hallado en el templo adorando. Él recibió también descanso. El Señor hizo esa sanidad en un sábado. Porque él es nuestro sábado. Queridos hermanos, la vida que nosotros recibimos del Hijo de Dios es un sábado de reposo. Nosotros fuimos liberados del cautiverio del pecado y ahora estamos descansando en él. Y porque estamos descansando en él, es porque podemos adorarlo. Esa es la vida que nos ha dado.

Una vida abundante

La cuarta señal está en el capítulo 6. Aquí encontramos al Señor alimentando a cinco mil personas con cinco panes y dos peces. Él dijo: «Yo soy el pan de vida». Él no sólo es la vida, sino que también es el pan de vida. En otras palabras, él no solamente nos da la vida, sino que se da a sí mismo a nosotros continuamente como pan. Cómo necesitamos creer en él, apropiarnos de él cada día en nuestra jornada a través del desierto. Dios hizo caer el maná sobre los hijos de Israel a lo largo de su jornada por el desierto y, en un sentido, nosotros estamos hoy en el desierto. El mundo no es otra cosa que un desierto. ¿De dónde vamos a obtener fuerzas para caminar en este mundo? Recibiéndolo como el Pan de vida. ¡Oh, cómo él se da a sí mismo continuamente! El dice: «Así como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí» (Jn. 6:57).

Hermanos, ¿habremos aprendido este secreto? ¿O será que estamos viviendo por nosotros mismos, confiando en nuestra propia fuerza? No podemos vivir así. Sin él nada podemos hacer. Sin él no podemos terminar nuestro camino. Necesitamos que Su vida nos supla constantemente como el pan del cielo. ¿Nos hemos alimentado de él? No basta sólo con recibirlo, sino que necesitamos también alimentarnos de él. Usted tiene que recoger el maná diariamente antes que el sol caliente, porque con el calor del sol el rocío se seca y el maná desaparece. Tenemos que ir al Señor diariamente para recibirlo como nuestro pan para satisfacer nuestras necesidades diarias, para nuestro sustento espiritual y provisión. Él es nuestra provisión. Él es el Proveedor y también es la provisión.

Una vida de luz

La quinta señal realizada por el Señor se relata en el capítulo 9. Aquí se narra cómo nuestro Señor Jesús abrió los ojos de un hombre que había nacido ciego. Los discípulos comenzaron a preguntarse por qué este hombre era ciego. ¿Sería por causa del pecado de sus padres? ¿O sería por causa de sus propios pecados? ¿Cómo podría él

haber pecado antes de haber nacido? (Cuando tratamos de hallar explicaciones teológicas a las cosas, surgen las hipótesis más absurdas). Y, en este episodio, descubrimos que los discípulos del Señor eran teólogos por naturaleza. Ellos simplemente plantean una teoría para explicar toda las cosas, pero el Señor Jesús dice: «¡No hagan tantas conjeturas, es para la gloria de Dios! Ustedes no ven la gloria de esto, pero hay una lógica aquí.» El Señor Jesús abrió los ojos de aquel que era ciego y dice: «Yo soy la luz del mundo». En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.

Hermanos, nosotros éramos ciegos, ciegos de nacimiento. Nosotros nunca habíamos visto algo. No piense que usted veía y después quedó ciego. Nunca habíamos visto la realidad. Estábamos engañados desde nuestro nacimiento. Vivíamos en la imaginación, en un mundo de suposiciones. Pero, gracias a Dios, cuando recibimos la vida, comenzamos a ver. En su luz vemos la luz. ¡Qué diferencia! Su luz es la luz de la vida, y cuando la luz de la vida comienza a brillar sobre nuestro camino, sabemos para dónde vamos. «Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado». (1 Jn. 1:7). Eso es vida.

Una vida que vence la muerte

La sexta señal es la resurrección de Lázaro, en el capítulo 11. Nuestro Señor Jesucristo resucitó a Lázaro, que estaba muerto. Es maravilloso saber que la familia de Lázaro era amada por el Señor y que también ellos lo amaban. Las dos hermanas enviaron al Señor Jesús el siguiente mensaje: «Señor, he aquí el que amas está enfermo». Ellas creyeron que bastaba con que el Señor se apurara, e impusiese las manos sobre Lázaro y él sería sano. Pero cuando el Señor Jesús oyó esto, se demoró en el lugar en que se hallaba. Él no fue hasta que Su amigo estuviese muerto. Entonces el Señor Jesús dijo: «Nuestro amigo Lázaro duerme, mas voy para despertarlo». Y los discípulos dijeron: «Bueno si Lázaro está dormido, eso es muy bueno». Entonces el Señor tuvo que decirles claramente: «Lázaro ha muerto».

El Señor Jesús fue hasta la sepultura de Lázaro y, cuando llegó allá, éste ya se encontraba enterrado hacía cuatro días. Estaba completamente muerto. ¿Por qué? Porque el Señor Jesús quería manifestar su gloria como el Hijo de Dios. Él es la resurrección y la vida.

No sabríamos lo que es la resurrección si no supiéramos lo que es la muerte. Sin muerte no puede haber resurrección, pero cuando hay una muerte real, entonces la resurrección es real. Nuestro Señor Jesús dice: «Yo soy la resurrección y la vida». Con esto el Señor está diciendo que aquella vieja vida puede morir, pues él nos dará una

vida que pasó por la muerte y venció a la muerte. Esto es resurrección.

Amados hermanos, ¿no es cierto que algunas veces en nuestra experiencia o cuando pasamos por dificultades nosotros clamamos: «Oh, Señor apresúrate, apresúrate y ven a socorrernos. No permitas que muramos»? Y a veces el Señor se demora un poco y empezamos a preguntarnos, a censurarlo y a murmurar, diciendo: «El Señor ya no me ama». Pero no es verdad. El Señor desea que usted muera para que él pueda hacer que usted experimente la resurrección. ¡Oh, cuántas veces él permite que lleguemos al final antes de socorrernos! Y gracias a Dios, ¡cuán glorioso es cuando él viene! Eso es resurrección. Es él; no usted. Usted no puede recibir ninguna gloria en esto, es todo de él. Él es la resurrección y la vida.

Una vida victoriosa

La séptima señal es la mayor de todas las señales y es la resurrección del propio Señor Jesús en el capítulo 20. El Señor Jesús fue sepultado, estuvo enterrado durante tres días y, al tercer día, fue levantado de entre los muertos. Jamás hubo un hombre que habiendo estado en la muerte hubiese salido de la muerte. Nuestro Señor Jesús, en forma voluntaria y con propósito, entregó su vida por amor a nosotros. Él dice: «...Yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita; sino que yo de mí mismo la pongo». Él entró en la muerte y quitó de la muerte su poder, y de ella salió victorioso. Eso nos habla de victoria, la mayor victoria que se haya conocido en todos los tiempos. Amados hermanos, esta es la vida que él nos ha dado. No es una vida derrotada, no es una vida débil. Es una vida fuerte y victoriosa. Vida que hasta puede vencer la muerte. No existe nada que pueda vencer esta vida. ¡Esta es la vida que él nos ha dado!

Una vida de amor y servicio

La octava señal se encuentra en el capítulo 21 y ocurre después de la resurrección. Los siete discípulos fueron a pescar, pero aquella noche no pescaron nada. En la mañana siguiente, el Señor estaba en la playa y dice: «Hijitos, ¿tenéis algo de comer?» Nada. Ellos se dieron cuenta de que era el Señor y entonces él les preparó el desayuno. Cuando ellos estaban terminando de desayunar, el Señor comenzó a hablar con Pedro preguntándole: «Simón Pedro, ¿tú me amas? Entonces apacienta mis ovejas» ¿Cuál es significado de esto? Significa que la vida que el Señor Jesús nos dio es una vida de amor. Y, por el hecho de haber amor, obligatoriamente también habrá servicio. Usted no puede pensar en usted mismo, usted tiene que alimentar a las ovejas.

O sea, usted debe apacentar las ovejas, usted debe alimentarlas. De este modo, la vida que nosotros recibimos del Señor Jesús es una vida de sacrificio, una vida de

amor, una vida de servicio. Usted no puede quedarse sentado, recibir, recibir y recibir todo el tiempo. Usted debe dar, amar, servir y pensar en los pequeñitos del pueblo de Dios. Usted hasta debe cuidar de los adultos, deberá hacerse cargo de los enfermos – espiritualmente enfermos. Hermanos, ese es el tipo de vida que hemos recibido.

En estas ocho señales, el Señor nos está hablando que él es el Hijo de Dios. Si usted cree en el Hijo de Dios, usted recibe vida. Usted recibirá significado en la vida y en esto hay fuerza. Usted recibe liberación y tendrá el sábado de reposo. Usted no tan sólo tiene vida, sino que la tiene en abundancia y esa vida es suplida diariamente. Hay una luz dentro de usted brillando sobre su camino de modo que usted sabe para dónde va y qué está haciendo. Si usted hace algo errado, en el momento en que lo confiese, la sangre de Jesús lo limpiará. Es una vida que vence la muerte. Estamos rodeados de muerte por todos lados, pero existe una vida que vence la muerte. La vida de Cristo es una vida victoriosa; es una vida resucitada, está en el cielo, sentada en los lugares celestiales. Y esta vida es una vida de amor y de servicio.

Hermanos, ésta es la vida que él nos ha dado. No es una cosa de simplemente leer el evangelio de Juan como una historia, sino de recibir a Jesús como el Hijo de Dios. Y si usted realmente le recibe como el Hijo de Dios, usted recibe la vida, y es este tipo de vida que hemos recibido. No nos sorprende que el apóstol Pablo haya dicho: «En él habita corporalmente toda la plenitud de la deidad y en él estamos completos». Todo está en él y él se dio a sí mismo para usted, de esta manera, usted está completo en él. Que no necesitemos ir a ningún otro campo a rebuscar espigas, sino que las busquemos en los campos de nuestro Booz.

Traducido de *“Vendo Cristo no Novo Testamento”*, Vol.1.
Publicado en revista Aguas Vivas N° 31 al 34